SIMON CHEVRIER

Foto por privado

Traducción de María Enguix Tercero



RANDOM HOUSE

SIMON CHEVRIER

Foto por privado

Traducción de María Enguix Tercero



RANDOM HOUSE

A Daniel

Me enseñó la aspereza de estar a su merced.
Y el divertido bochorno cuando ironiza al verme
deshecho en la cama, en el sillón, en el suelo.

PATRICK AUTRÉAUX, *Pussyboy*

La noche es de un azul muy oscuro, no uniforme.
Jirones de noche. A ambos lados
del lienzo, masas negras, recortadas.
A lo largo de las masas unos puntos amarillos
forman una palabra: HOTEL.

DENIS BELLOC, *Néons*

I

Mis ojos son verdes. A veces el verde se mezcla con el gris, el gris con el azul y el azul con el verde. Mi nariz es larga y estrecha. Mis labios, púrpura, con frecuencia agrietados por el frío. Tengo la tez clara y las primeras quemaduras de sol me salen en la nariz antes que en otras zonas del rostro. Tengo una nuez prominente. Soy tirando a alto y delgado. Tengo los hombros estrechos y caídos; uno se inclina hacia un lado. En cuanto al calzado, solo llevo Dr. Martens y Superga negras. También tengo unas New Balance en azul, blanco y verde que no me pongo. Es la N en los laterales lo que es verde; la lengüeta, blanca; la caña, azul. Me gustan los colores fríos como el violeta, el verde o el azul. Durante mucho tiempo creí que calzaba un cuarenta y tres, cuando en verdad calzo un cuarenta y dos. Alguna vez también he llevado un cuarenta y cuatro. En los últimos meses me he dejado crecer el pelo hasta los hombros y he subido a Grindr algunas fotos nuevas.

La casa es grande, distrito sur. Accesible desde el centro en metro. Las paredes de la habitación de abajo son beis. El suelo, gris, de parqué. Dentro del armario empotrado hay una quincena de camisas colgadas en perchas. Tonos de blanco y azul. A la izquierda y al fondo, cuatro estantes superpuestos. Ahí es donde guardo los vaqueros. Los de arriba son para los jerséis, más en desorden que doblados. La cama en el centro. En la mesita de noche, una docena de novelas de bolsillo forman una pila. Hay otras esparcidas por el suelo, un poco por todas partes. El cuarto de baño es espacioso y contiguo al rincón de trabajo. Mis compañeros de piso, que son pareja, duermen arriba. El salón y la cocina abierta que compartimos dan al jardín.

Estoy aquí por mis estudios, pero he dejado de ir a la uni. Apenas unas horas a la semana para dar la impresión de que todavía me lo

creo, pero esperanza no me queda. La gente lo sabe, mis compis de piso lo saben. Por las mañanas, antes de levantarme, me cercioro de que se han marchado al trabajo. Luego voy a la cocina para prepararme un café, me siento, saboreo el primer sorbo y enciendo el ordenador en la mesa. Consulto el correo electrónico. Hoy he recibido una respuesta de Intermarché. Me agradecen mi interés en el puesto de cajero, pero, tras examinar mi candidatura, mi perfil no termina de encajarles.

En la mesa del salón, un cuaderno sin estrenar salpicado de manchas rosa, del vino tinto de anteayer. Algunas hojas arrancadas al vuelo y una lista de la compra extraviada entre dos borradores con tachaduras. Encuentro un lápiz en el cuenco del mueble de la entrada y me apalanco en el sillón. Dibujo un vestido, como cuando era pequeño. Paro y borro con goma el boceto. Escribo en una esquina de la página «Frustrado», en letras gruesas, subrayándolo. Siempre comienzo así la escritura, con notas breves. Escribo de todo y de nada a la vez, en general de cosas que me callo, y las palabras se suceden con mayor o menor rapidez. Cuando los textos toman forma, abro un documento Word y los copio; a veces los borro y empiezo de cero, me releo y los elimino. El documento Word deja de existir y vuelvo al cuaderno. A esas notitas ilegibles.

Circundado de bloques y torres, el barrio se decanta por los grises. Tiene metro, autobús, una mediateca, un supermercado y bancos donde tomar el sol por las tardes. La casa está algo apartada, en una calle tranquila y residencial, a un paso de la mezquita. Y, si te alejas hacia el oeste, a un centenar de metros hacia los márgenes del Garona, es posible distinguir una isla, un resquicio de verdor. Sus puentes parecen pasarelas. También tiene residencias, un casino, una piscina, una sala de espectáculos, algunos aparcamientos y otros rincones más reservados. Senderos boscosos, arroyos, sitios escondidos donde bañarse o incluso caminos no trillados. Están los paseos en familia, los corredores y un puñado de turistas que deambulan y descubren la isla.

Y luego están los hombres. Vienen a pie o aparcan el coche a la entrada del bosque. De naturaleza prudente, pueden quedarse una hora esperando en una esquina. Eligen las alamedas señalizadas para hacerse visibles y desaparecen de nuevo entre los árboles.

Nos hemos mirado y he entendido. Después de caminar cien metros por la orilla en busca de algún lugar, se ha parado. Este le parecía bien. Se ha sacado el miembro y yo me he sacado el mío. Ahora que lo pienso, no tengo ni idea de cómo sonaba su voz.

Cuando te musculas, se impone una forma de ritual, una regularidad certera. Voy al gimnasio cuatro días a la semana y cada vez entreno más de una hora. Antes o después de las sesiones, ingiero cien gramos de proteínas en polvo y alterno carne y pescado en las comidas. Dedico dos sesiones a la parte superior del cuerpo y otras dos a la inferior. Entre máquinas y pesas, aumento la carga en función de mis avances. Con los AirPods en las orejas, me concentro. Estoy en mi burbuja y lo único que me importa es el rendimiento. Busco el punto de resistencia. El momento en que me rindo. Cuando ocurre, sé que ya está bien, me siento satisfecho. Voy a buscar mi bolsa al vestuario y vuelvo a casa, impaciente por repetir al día siguiente.

En la aplicación Grindr, los perfiles se pueden orientar en función de los deseos de cada uno, ya sea en cuestiones de estatura, peso o incluso orígenes. Hay de todo y para todos los gustos. Activo. Pasivo. Versátil. Un encuentro esporádico más que de por vida.

Y luego está la calle, también. Los chicos de la calle. Cuando camino entre ellos, cuando nos cruzamos en los pasos peatonales, en las escaleras del metro, a la espera de que el otro vuelva la cabeza, distraído. A veces me digo que podría suceder. Que, si suprimiera Grindr de mi teléfono, podría forzar el destino de otra manera. Al verme, un chico se pararía como lo haría con una chica, con naturalidad. Y eso me alegraría, me gustase o no el chico en cuestión. Sabría que un día la persona adecuada podría aparecer así,

en la esquina de una calle, en un museo o un parque. Un movimiento de cabeza, una simple mirada me lo confirmaría.

Thibaut llegó y nos dimos un beso. Dejó sus cosas en la entrada y seguimos a los demás hasta el salón. Todo el mundo se sentó. Todo el mundo brindó a la salud de todo el mundo y se apuraron los primeros vasos. En cuanto a la música, a nadie le apetecía. Entonces me puse a silbar una canción de Annie Lennox, «Money Can't Buy It». Nadie la conocía, pero nadie rechistó. Para cuando la letra y la música tomaron cuerpo, las conversaciones se habían reanudado. Olía a porro en todos los rincones. Thibaut había encendido uno y se lo pasaban. Sentado frente a él, intenté atraer su mirada. Pero nada, ni siquiera un gesto, hasta prácticamente el final de la fiesta. En el momento en que yo empezaba a plantearme beber más agua y menos vino, me llenó la copa sin preguntarme. Sirvió también a mi compi de piso, Adèle, mientras seguía hablando con los demás. Me dirigí a la cocina y bebí agua. Me entraron ganas de un cigarrillo, abrí la ventana. Siempre he tenido el sentimiento de que captaba mejor su atención cuando me mantenía en un segundo plano. Ahí, por fin me miraba.

A raíz de unas pocas palabras intercambiadas en Grindr, Alexis propone que nos veamos en una cafetería para un primer contacto. Como especifica en su perfil, no es muy alto. Tiene el cabello castaño y los ojos almendrados. Le gustan Jean-Luc Lagarce y Édouard Louis. Le menciono a los autores que leo y no los conoce. Mis ojos no se despegan de las venas que surcan su cuello. Me habla de su carrera, de sus estudios de Filosofía. Habla más que yo, me hace pocas preguntas. Paga la cuenta y nos separamos sin tener una idea clara de lo que queremos.

Desde hace algunas semanas, Thibaut se siente sexualmente frustrado conmigo. Como amantes, al principio funcionábamos bien, estábamos hechos para eso. Pero ahora mi polla no quiere más, no

quiere. Cesa toda actividad con él. Le explico que he leído no sé dónde que el amor puede volver impotente, sobre todo si no es recíproco. Prestándome solo un oído y con cara de no entender, Thibaut me dice que sería mejor que fuéramos solo amigos. Que podría seguir yendo a su casa por la tarde para hacer crucigramas. Que le gusta hacer eso conmigo. Sobre todo, las cuadrículas de nivel medio y nivel difícil.

De camino al supermercado me cuenta su proyecto de formación para hacerse gruista, y luego me habla de un tío del que se ha enamorado. Recorremos las secciones mientras lo escucho y observo cómo llena su cesta de unas cosas y otras. En la caja, vacía el contenido con aire normal y relajado, sin dejar de conversar. Cuando el detector de metales pita, no se hace de rogar. Mete un brazo en la bolsa, saca la maquinilla eléctrica en su embalaje y se la tiende a la cajera pretextando un descuido. Se dirige a ella como si fuera su amiga. La engatusa y desenfunda su tarjeta de crédito, sin darle tiempo a responder ni a reaccionar.

En el camino de vuelta, echa cuentas de los productos que no ha pagado, enterrados en el fondo de la cesta. Entre ellos, galletas bio, cereales o incluso una caja de preservativos, escondidos bajo la bufanda. Para él, el hurto en comercios es un verdadero deporte urbano. Todas las semanas recorre la ciudad y cambia de supermercado, de tienda. Por un lado, tiene talento, no lo pillan nunca, y por otro, en cada ocasión se supera.

Delante del Capitole, los libreros de segunda mano recogen sus puestos. Al acercarme me fijo en una edición de bolsillo de *Emmanuelle*. En cubierta, una mujer con los pechos desnudos, sentada en un sillón de ratán, con las piernas cruzadas. Recorro las primeras páginas e, interpelado por el crudo lenguaje de un fragmento, me divierto cambiando el género de la protagonista al masculino. Emmanuel contra Emmanuelle, como un chico en femenino.

Antes de cada cita, enciendo un cigarrillo por el camino. A veces me basta con una bocanada, con algunas caladas. Luego llego, cruzo las puertas del hotel y acudo a la habitación reservada. En el ascensor, despliego el envoltorio de un caramelo Lutti Mint, me lo llevo a la boca, lo chupo muy deprisa. El cliente espera con impaciencia en la habitación. Cuando le beso, a veces el caramelo sigue debajo de mi lengua.

En Giton, los mensajes llegan rápidamente, varias visitas de mi perfil al día, sin contar todos los comentarios halagadores debajo de las fotos que publico. Cuando me inscribí en esta web hace un año, el espacio del anuncio tenía un límite de cien caracteres.

Sobre mí: Estudiante de idiomas, amante a medida para hombres cultos, tarifas y fotos por privado.

Las fotos que envío han sido tomadas y pensadas en función de la luz que se filtra por la ventana de mi dormitorio. Solo en casa, a veces aprovecho la del salón, en busca de un nuevo marco. Ensayo varias poses, y siempre dejo una parte de mi cara en la sombra. A continuación, abro Photoshop y realizo algunos retoques. Si me contratan, es gracias a ellas. Y cuando llega la hora de la cita, pienso en el dinero. Pido que me lo entreguen al principio, es más sencillo y el asunto queda zanjado. Si el cliente se olvida, lo paro, lo llamo al orden. Es así como funciona. Nunca acepto que me toquen si antes no he visto el dinero.

Es parlanchín o taciturno. Es soltero. Tiene mujer e hijos. Se viste de Lacoste y conduce un Jaguar. Negocia, quiere pagar menos por una noche, promete lealtad y fidelidad. Regalos y ropa. Zapatos, una cena de restaurante. Quiere saberlo todo de mí o no saber nada. Mismo hotel, misma habitación. Exige uno o dos encuentros al mes. Trae el vino. Se desabrocha la camisa, se desviste él primero y luego me desviste a mí. Está encima de mí o debajo. La tiene fofa o se le pone dura. Insulta, dice cosas que nadie se atrevería a susurrar, tiernas y ridículas. Sonríe, me mira con ganas, como si rescatara sentimientos que creía perdidos.

El dinero está guardado en una caja grande de galletas escondida debajo de la cama. Así se acumulan los billetes: después de cada cita terminan ahí. Me guardo casi la mitad en los bolsillos y meto el otro fajo en la caja. Diez billetes de veinte. Trece de diez. Seis de cincuenta. Cuatro de cinco. Los cuento otra vez, los arrugo ligeramente, paladeo su textura. Fue gracias a *Bailar en la oscuridad* de Lars von Trier como se me ocurrió esta idea. El personaje de Björk, Selma, ahorra así para la operación de su hijo. Sujeta con una goma los escasos dólares que va acumulando en una caja metálica. O, al menos, así es como recuerdo la escena.

De la licenciatura al máster, siempre he trabajado. Mis padres me ayudaron el primer año porque podían permitírselo. Luego, la renta familiar disminuyó considerablemente. Terminé aceptando un puesto de vendedor de ropa el viernes y el sábado en un centro comercial. Eso me permitía pagar en parte el alquiler y la comida. Mi misión era ocuparme de la caja, las existencias y las reposiciones, del probador y de ser proactivo para que los clientes se marcharan con varias prendas bajo el brazo. Un buen vendedor es buen observador, tiene respuestas para todo, además de sentido del humor y una capacidad de reacción poco agresiva, y no aparta los ojos de los clientes, de lejos más que de cerca.

Cuando una clienta salía del probador con un vestido que le quedaba un poco apretado, yo iba a buscarle otra talla. Cogía de paso la chaqueta que completaba el conjunto, solo para que se la probara, porque sí, por darse el gusto. Pero esta técnica no funcionaba todas las veces, el acoso al comprador es una tarea que cuesta desempeñar con amabilidad y sutileza. Al principio me integré, pero, a medida que transcurrían los meses, ya no me reconocía en la espera de que la cifra del día superara los tres tiques de compra. Mi responsable no me daba un respiro, había que mantenerse ocupado y correr de aquí para allá. Yo odiaba la ropa que vendía y me sentía descorazonado. Desde el principio, solo proponía a la clientela mierdas para tirar a la basura. Y, una buena mañana, me presenté en la tienda y no di un palo al agua. No hablé

con nadie. Dejé que pasara el tiempo. Mis únicos pensamientos se centraban en el cuadrado de suelo que podía ocupar para llamar la atención lo menos posible. Mi responsable me mandó tareas que no cumplí. Estaba hasta la coronilla de sus órdenes, de sus quejas por mi lentitud y sus exigencias sobre mi persona.

La primera vez que me sucedió, esperaba que fuera un encuentro como cualquier otro. Él vivía en la otra punta de la ciudad y caminé una hora en medio del frío. Me había escrito en Grindr que su compañero se había ido de viaje y que quería pasar un buen rato. Una vez en su casa, me propuso tomar una copa en su sofá esquinero Roche Bobois. No hablábamos. Él me besaba, solo hacía eso. Después, encendió la chimenea de etanol y yo lo escuchaba contarme su vida. Después del amor, cuando sentí que era hora de abrirme, y como estaba sin blanca para llegar a fin de mes, le pregunté si le era posible sacarme de apuros con un paquete de pasta. Él levantó los ojos al cielo y se sacó un billete de veinte de la cartera. Lo cogí y lo plegué en mi bolsillo sin decir nada. Me puso de patitas en la calle y volví a caminar en medio de la noche hasta mi casa.

En la cafetería donde quedamos para nuestra segunda cita, Alexis pide un zumo de fresa. Yo, un té y tarta de queso. Me habla de sus proyectos de futuro, de sus inquietudes sobre si conseguirá sacarse o no el certificado de aptitud profesional. Sus profes le aconsejan que no tire mucho de la cuerda, que se airee un poco. Por eso, ha decidido ir al cine y permitirse algún que otro capricho. Lo último que ha visto, un taquillazo hortera. Me quedo con que sucede bajo el agua, que hay un monstruo y Kristen Stewart. Cuando llega la hora de marcharnos, le propongo ir por la orilla del Garona. Acepta y, una vez que dejamos atrás la isla del Ramier, me invita a subir a su casa. Paramos en Auchan para comprar algo de cenar. Después de un paseo rápido por su apartamento, se aísla en la cocina y lava la escasa vajilla que hay en el fregadero. Me acerco lentamente y le encajo la pelvis en las nalgas. Le beso la nuca, el cuello. Él deja caer

el estropajo en la pila y me lleva a su cama. Nos desvestimos. Un millar de pecas de todos los tamaños siembran su cuerpo, y yo pienso en lo peor, en un amasijo de futuros melanomas posibles. Incluso en la penumbra y con las cortinas echadas se me han ido las ganas de él.

Al teléfono, mi padre me asegura que lo cuidan bien en la clínica. Se siente como en el interior de una burbuja. Mira la tele, lee el último libro de Michel Onfray y duerme mucho. Solo hace eso, dormir. Para distraerlo, le cuento mi búsqueda de ocupación, el plan que he ideado para reciclarme y el tiempo dedicado a actualizar mi currículum. No sé si me presta atención. No sabría decir si que yo note su respiración significa que está de acuerdo, que ya no se preocupa por mí, o que un dolor agudo y penoso de describir lo atenaza en estos instantes. ¿Te sigue doliendo, papá? Me responde que no.

Lo de su enfermedad lo supe por una conversación que tuvimos por teléfono. Cuando descolgué, mi padre tenía una voz apagada. Me habló de una masa en el colon y de metástasis en el hígado. Al final de la llamada, sentí que la emoción me sobrevenía al revés; en el momento no derramé ninguna lágrima, recibí la noticia sin sorpresas. Solo que al cabo de unas semanas mi relación con el sexo empezó a cambiar. Quiero decir que dejé de contemplar la posibilidad de dejarme penetrar. En Grindr, llegué a modificar mis preferencias sexuales y a declararme activo en cada conversación. Únicamente, cuando un ex me propuso que volviera a acostarme con él a través de la aplicación, años después de haberme dejado, me confesó su sorpresa durante el acto amoroso. Luego se puso a reír, como si llevar las riendas fuese un papel que había que interpretar y yo no estuviese hecho para eso.

Cuando le cuento a Thibaut mi cita truncada con Alexis, observo algunas novedades en su habitación: una planta en su escritorio, un

mueble repintado de azul y fotos pegadas con celo encima de la cama. Entre ellas, una instantánea en blanco y negro de un hombre joven con el cuerpo doblado, chupándose el dedo gordo del pie. Un chico de facciones finas y mandíbula cincelada, imberbe, con el encanto andrógino clásico de las revistas de moda, una mezcla entre bailarín y modelo en su corpulencia, un poco como Bowie. Con la nariz recta y una fotogenia innegable, una manera de captar la luz como pocos modelos saben hacerlo. Hay cierta profundidad en sus rasgos, en su mirada, una ligera tensión entre sus ojos y el objetivo. Y luego esa pose, esa postura. Sentado en una silla, dentro de una habitación vacía de paredes claras, se inclina hacia delante sujetándose una pierna, el dedo metido en la boca como el pulgar de un niño.

Para Thibaut, solo es el amante que desea. Su mirada atraviesa el marco; el corte de pelo en casco, las venas en relieve y la musculatura que se adivina reflejan el aspecto físico de un ideal que ni en sueños podría imaginar a su lado. Cuando lo observo, me pregunto sobre esta puesta en escena, la espontaneidad del momento, el sujeto, la persona cautiva de su juego. La brecha entre el actor y sus propios deseos. Me pregunto en qué medida esta pose era premeditada. Si seguía unas directrices o si era libre de moverse a su antojo. Me pregunto si solo me deja a mí con un pie en el aire, o también a todos aquellos que posan sus ojos en él durante demasiado tiempo.

En aquel momento, Thibaut no supo decirme quién había tomado la foto, pero buscando un poco en Internet, terminé por encontrarlo. En la galería de imágenes, la foto en cuestión se mezcla con las de Mapplethorpe y Keith Haring. Los cuerpos desnudos se confunden. La foto se titula *Daniel Schook, Sucking Toe*. Data de 1981 y el autor es Peter Hujar, un fotógrafo neoyorquino que murió de sida en 1987.

Para Google, Daniel Schook solo parece existir por esta foto. Cada vínculo, cada clic lo lleva a ella. Si escribo en inglés «Who is Daniel Schook?», los resultados de la búsqueda me informan de su inexistencia en tanto ser humano. En la página de un sitio que he

pinchado al azar, un internauta, fan incondicional del fotógrafo, se interroga sobre la identidad del chico, y lanza un llamamiento a posibles testimonios.

Entre el resto de las fotos de Peter Hujar, hay una en particular que me llama la atención. Se titula *Man on a Chair* (Richard Weinroth, 1979). Representa a un hombre joven en una silla, con el cuerpo inclinado hacia delante, de perfil, el rostro oculto por los rizos de su cabello. Lleva una camiseta clara, un pantalón oscuro. Calza un botín, tipo militar, en el pie izquierdo. El segundo zapato queda a unos centímetros de él. Su pose me evoca a la de un chico que acaba de despertarse de una noche demasiado corta.

Cuando tecleo «Richard Weinroth» en la barra de búsqueda de Facebook, solo aparecen cuatro homónimos. El primero coincide con la edad que el joven hombre tendría hoy. Sin pensarlo, hago clic en «Añadir amigo(a)». Le escribo un mensaje y abordo el tema de la foto tomada por Peter Hujar, así como la de Daniel Schook. Le pregunto si es la persona que busco, y si se han conocido.

Cuando llego a su puerta, no llamo al timbre, saco el teléfono y le escribo que estoy delante, que no hay nadie mirando. Abre, receloso, gira la cabeza a izquierda y derecha, y me deja pasar. Rodeo la escalera, entro en el salón, me siento en un sofá frente a él, el mismo donde su padre acostumbra sentarse para ver la televisión. Me pregunta si me apetece un zumo de algo. Manzana o naranja, como prefiera. Se va a la cocina y vuelve con dos vasos llenos.

Valentin tiene cincuenta y nueve años. Vive con su anciano padre en una casa grande de ladrillos rojos y trabaja de noche en un hotel. Hace más de diez años que se dedica a eso. Dice que le atraen tanto los hombres como las mujeres. Acompaña a su padre a sus citas médicas y lo cuida él. No paga alquiler, ahorra lo que puede, espera con impaciencia que la casa pase a sus manos. El descanso. Que su padre no sea ya una carga, sino un peso del que se va aligerando. Incluso todo lo que hay en la casa le resulta cargante. En el salón, el televisor es una antigualla. Cuando la madre los dejó, el padre no

quiso mover nada de su sitio. Hace años que los objetos echan raíces. Hoy, todo se macera. Valentin me da a entender que no aguanta más, que tiene la impresión de dejarse morir. Hace años que no folla sin planearlo. Se avergüenza de los kilos de más en la barriga, en la cintura. No deja de repetirme que antes era guapo. Que seducía. A las mujeres, sobre todo, me dice. Se empalmaba muy bien y apenas perdía el aliento. Hoy sabe que eso se ha terminado. Las alegrías compartidas. La sensualidad, la atracción. Todo. Sabe que ya no puede esperar nada de lo que lo excita, como la carne tersa al tacto. O todo lo que, con solo mirarlo, se la pone dura todavía.

Su padre acude al fisio varias veces a la semana y él aprovecha esos momentos para ver a otros chicos. Siempre los recibe en su casa y no se desplaza jamás. En su profesión, el mundo es un pañuelo, no imagina ni remotamente reservar una habitación de hotel para sus citas. Y, además, gastarse ciento cincuenta euros en un servicio es un lujo que raras veces se permite. A menudo le decepcionan las formas. Las formas de hacer y el escaso tiempo consagrado a la palabra, a la dulzura de las palabras. A la confianza que podría colarse entre el proveedor y el cliente, y volver más sostenible la vacuidad emocional del trueque.

Thibaut me llama para proponerme que lo acompañe al teatro esta tarde. Su nuevo amante, Louis, tiene previsto verse allí con algunos amigos y lo invita a sumarse a ellos. Solo que Thibaut me hace partícipe de su congoja, de su temor a que la cosa no cuaje con los amigos de Louis. Quedo con él un poco antes delante de las puertas del Grand Rond y aprovecho la espera para preguntarle sobre ese chico. Thibaut me dice que estudia en la uni, me pregunta si me lo cruzo en el campus, si sé de quién se trata o lo conozco de vista. Louis se puso en contacto con él a través de Grindr hace unas semanas. Desde entonces, se han vuelto inseparables. Hay algo fuerte entre ellos. Hacía mucho tiempo que no le ocurría algo así.

Después de darle un beso, Thibaut nos presenta. Louis no sabe si ponerme la mejilla. Sus amigos ya están aquí, en alguna parte del

vestíbulo. Los localiza, se aleja un instante y vuelve hacia nosotros con ellos. Louis tiene la impresión de que me conoce, me lo susurra al oído. Sonrío.

Una vez concluida la obra, Thibaut propone que vayamos a tomar una copa en el barrio. Louis elige el sitio. El bar está lleno, pero una mesa del fondo se libera. Vino blanco para él, cervezas para nosotros. A Louis le gustaría ver otra obra en el Garona programada para la tarde del sábado. Thibaut cae en la cuenta de que ese fin de semana no podrá porque estará con su familia. Thibaut no dice nada, habla poco. La conversación gira entre Louis y yo.

Cuando vuelvo a casa, mi compañero de piso está jugando a *Batman* en la Play. Me ofrece un trozo de pizza y me sirve un whisky. Adèle se acomoda entre los dos en el sofá con una botella de Cola-Cola en la mano. Whisky-cola. Bebemos, nos reímos. Batman sobrevuela las calles de Gotham. Sus alas se despliegan. Muere y resucita, muere otra vez y luego revive.

Me abre el portal de su edificio. Parece joven, en la treintena. Recorremos un largo pasillo que conduce a otra puerta; una puerta de cristal que da a un pequeño patio interior, el patio de una casona burguesa dividida en tres viviendas. Él vive en el estudio que da a la calzada y el cuarto de baño está en el exterior, en la caja de la escalera. En su casa la oscuridad es total, los postigos están cerrados. Me da el dinero dentro de un sobre y me invita a sentarme. Pone música, habla como si estuviera solo. Yo lo miro y lo escucho. Se toca y se desviste lentamente. Recorro las marcas de su cuerpo, las cicatrices de sus piernas. Lo imagino enfermo, sin nadie dispuesto a amarlo. Me bajo los vaqueros, de pie, inclinado a la altura de sus labios.

Richard Weinroth no ha aceptado mi solicitud de amistad. Tampoco ha leído el mensaje que le escribí. En el sitio Internet Ancestry.com, cuya fiabilidad ignoro, figura que el nombre Schook está catalogado en Estados Unidos, Canadá y Reino Unido. Por su parte, el nombre completo «Daniel Schook» introducido en la barra de búsqueda del

sitio no arroja ningún resultado pertinente. A excepción de los homófonos. No me esperaba que una foto conocida escondiera tanto misterio. Tampoco termino de poner las palabras exactas a las razones de mi interés. Lo único que tengo que hacer es buscar. Buscar de verdad. Encontrar información en la prensa, en alguna página de internet o en folletos de museos.

Estoy sentado en la sala de descanso y, junto a dos otros candidatos, escucho a la encargada de contratación, que nos presenta la empresa, su historia, sus valores. Habla de asesoría a los clientes, objetivos de rendimiento y un período de prueba de dos meses. La remuneración es el salario mínimo más primas, pero tampoco hay que soñar, las primas siempre son en función de la cifra alcanzada. Nos distribuye un formulario de varias páginas que rellenar y exige como mínimo dos referencias de anteriores empleadores. Durante la entrevista individual, me pregunta sobre mi trayectoria y el puesto, sobre cómo me lo imagino y sobre las cualidades que se esperan de un responsable de atención al cliente. Me disperso, no termino las frases. Me pregunta si estoy estresado. No, no lo estoy. Aislado en una sala, me paso media hora memorizando un esquema de Derecho, las excepciones y las reglas de gestión que hay que conocer para el ejercicio de simulación en el centro de llamadas. La encargada de contratación me conduce a un puesto en una mesa radial y me da las directrices que hay que respetar cuando su colega me llame para hacer la prueba. Entonces suena el teléfono. Lo miro fijamente y dejo que suene. Se queda en silencio y suena otra vez.

Antes de la entrevista, yo había leído los comentarios dejados en la página Indeed de la empresa. Una antigua empleada se quejaba de la escandalera en el centro de llamadas, la impresión de que el eco de las voces dividía su mente. Hasta el punto de que, al final de su primera jornada de trabajo, se vio en la tesitura de tener que ingerir somníferos para dormir.

Valentin me dice otra vez su disponibilidad en función de su padre. Tomo nota, resignado; siempre me las arreglo para buscarle un hueco.

En el salón, la tele está encendida y el dinero reposa en la mesa auxiliar, al lado del sofá, como cada vez. Valentin trae una bandeja con vasos y zumo de frutas, y luego se sienta. Me dice que soy el único chico por el que siente respeto y afecto, lo que es curioso, puesto que tenemos una relación únicamente basada en el dinero, pero conmigo siente que es diferente. Poco importa que me dé dinero, mi personalidad parece generosa, los otros tíos de Giton no son más que simples putas. Me acerco a él y lo incito a desabrocharse el cinturón. Se saca el rabo, gordo y baboso, morcillón. Entonces llega mi turno, me desabrocho los vaqueros y le acaricio la mejilla.

Vuelvo del centro y espero el metro. Hay gente en el andén, estoy agotado. Cuando subo, noto que mi brazo izquierdo se entumece, y luego una ligera descarga, un dolor punzante que no se me pasa. Empieza en el tríceps y sube hasta el hombro. No he hecho deporte ni ningún esfuerzo en particular. No pienso ni por un segundo que sea una contractura, y empiezo a temblar. Me llevo la mano al pecho. Mi corazón no late como de costumbre. Puedo oírlo. Tengo el presentimiento de que mi cuerpo me está abandonando. Mi corazón está a punto de dejar de latir y mi cuerpo me lo dice. No me atrevo a hablar con nadie. Solo me queda esperar a desplomarme. De un momento a otro me vendré abajo. Alguien terminará por sacar el desfibrilador del botiquín y salvarme.

En urgencias, le explico a la recepcionista que he tenido una taquicardia. Me señala con el dedo la sala de espera y me informa de que una enfermera vendrá a buscarme. Durante la consulta, el electrocardiograma no muestra ninguna anomalía. Antes de ver al médico, la enfermera intenta tranquilizarme. Me saca sangre para unos análisis, pero según ella solo he tenido un ataque de pánico.

Llego con treinta minutos de antelación al Garona, me instalo en el bar de la entreplanta y pido una cerveza, los ojos vueltos hacia la entrada. Es posible que no venga. Que al final haya cambiado de opinión, o que haya encontrado algo mejor que hacer para ocupar la tarde. Ninguno de los dos se atrevió a pedirle el número al otro en presencia de Thibaut. Por eso no podíamos confirmar nada. Pero, según lo esperado, cinco minutos antes de la hora, Louis empuja las puertas del teatro. Mira a su alrededor y, finalmente, levanta los ojos hacia mí. Dejo mi vaso medio vacío en el mostrador y bajo por las escaleras.

Estamos sentados en la última fila. Las luces se apagan y me coge la mano. Su manera de cogerme los dedos, de estirarlos, me conmueve. Todo pasa por las manos, el gesto es suave. Nuestras manos se mezclan, una encima, la otra debajo. Noto su aburrimiento cuando me besa el cuello. Hemos dejado de mirar el escenario. No hay nada más a nuestro alrededor, nadie. Nuestros ojos se cierran.

A la salida del teatro, hablamos más de Thibaut que de la obra. Un tiempo de reflexión le parece necesario. Le gusta mucho Thibaut, y para él es un problema. Finalmente, nos pasamos los números de teléfono en el puente de los Catalanes. Estamos solos. En los alrededores, nadie nos mira. Intento besarlo, pero sus labios resbalan. Me acompaña a la primera boca de metro, me da un beso en la mejilla y me desea buenas noches. Bajo por la escalera y atravieso los torniquetes metálicos. Una vez en casa, mi teléfono vibra. Un nuevo mensaje.

—¡Soy Louis!

—Ha sido bonito, esa forma de cogerme la mano.

—Y tú, esa forma de mirarme en lo alto de la escalera del Garona. *Sweet dreams*.

En Giton, al día siguiente de nuestras quedadas, George me envía mensajes del tipo: «Desearía encontrar tu cuerpo desnudo abandonado en la playa de Pampelonne, sobre una toalla de algodón del Nilo, mecido por el sol naciente del Mediterráneo mezclado con bailarines de todos los colores implorando al cielo que no se te

lleven… Estoy en una fase bastante ascética en este momento. Mi higiene de vida se endureció drásticamente cuando me di cuenta de que ya no cabía en el traje para la boda del mes siguiente. Creo que ya he tenido mi dosis de ron para la próxima década. Así que los miércoles por la tarde me verán en la piscina, los jueves en el médico y los viernes quizá por ahí para dar una vuelta, pero nada es seguro… También me acuerdo mucho de ti al pie de la cama, con las piernas cruzadas, y escuchar un río de elogios sobre Breton seguido de una música más reservada a propósito de tus bonitas palabras, y eso lo echo en falta un poco, mucho, apasionadamente. No puedo permitirme alquilar tus encantos este mes, pero escríbeme alguna vez, te leeré con gusto».

Un chico me escribe en Grindr. Se llama Anton. Es muy joven, diecinueve años, dice ser artista. Me propone que pillemos unas birras y nos apalanquemos en Saint-Cyp. Compro dos botellas de Chouffe en Carrefour y lo espero en un banco. Cuando llega, me da un beso, con la sonrisa en los labios, muy emocionado. Su última clase en Bellas Artes lo ha dejado rendido. Me habla sin interrumpirse de las fases de su jornada, de su relación con la pintura, sus orígenes del Este y sus diez vidas vividas. Lo escucho y sonrío, cuento las señales que me darían permiso para arrimarme a él, observo cómo se crece con sus historias y anécdotas del pasado, entre miradas y silencios. Luego se calla un momento, divertido, confuso por cómo lo observan mis ojos, como para hacerme entender que nadie lo mira así. Le apetece que vayamos a su casa, tiene cerveza de trigo en el frigorífico. Para charlar, estaremos más calentitos allí.

Caminamos bordeando el Garona y torcemos por una calle tranquila, poco iluminada. Saca las llaves y abre la puerta. Dentro, oigo voces, probablemente de sus compañeros de piso en alguna parte de la casa. Subimos al piso de arriba. Las plantas y los cuadros invaden su habitación, acaparan todo el espacio. Me invita a sentarme en la cama, me pasa una cerveza, se sienta a la turca contra su almohada y habla solamente de cosas que le incumben.

Luego, silencio. Sus piernas se despliegan, se aprietan contra las mías y me incitan a acercarme más a él.

Tras una hora de espera, un médico me recibe y me pregunta por qué mi pareja no está presente. Digo que no ha querido venir, eso es todo, no sé qué más decir. Él no responde, desaparece dos minutos y vuelve con tres pastillas y un vaso de agua. Una al día durante un mes. Que no se me olvide llamar mañana al hospital Saint-Joseph, insiste, porque estas tres pastillas no bastarán. Para recetarme el resto, es mejor que lo consulte directamente con ellos, para que evalúen los riesgos. Es más seguro así. ¿Entendido?

En recepción, me remiten al servicio de infectología. Todo recto y luego a la izquierda, en la planta baja. Encuentro un asiento libre en la sala de espera y veo a Thibaut sentado enfrente. Levanta la cabeza de su teléfono y nos saludamos. Nos interrogamos mutuamente sobre las razones de nuestra presencia allí. En lo que le concierne a él, si está aquí es porque Louis ha insistido. A Louis no le gustan los hospitales y prefiere ir acompañado. Bueno, bien mirado, sí que le concierne un poco, puesto que han decidido dejar de usar preservativos.

Cuando Louis sale de la consulta del infectólogo, me doy cuenta de que no entiende por qué estoy aquí, sus ojos se agrandan. Se lo explico y empatiza, pone mala cara. Vaya, qué lástima, pobrecito, qué mala suerte, has hecho bien en reaccionar rápido. Él, por su parte, tiene los riñones perfectos, las pruebas son negativas. Si quiere, puede empezar la PrEP hoy mismo. Thibaut y él intercambian miradas cómplices, gestos tiernos. Es la primera vez que veo a Louis afeitado y está muy guapo. También es la primera vez que lo veo sin gafas. De hecho, antes no le veía los ojos. Por la miopía, los cierra un poco.

Los comprimidos tienen forma de bastoncillos rosa-violeta y vienen en un frasco de treinta. La posología es una toma diaria a una hora

fija. El dolor de estómago, las reacciones cutáneas y la conjuntivitis son parte de los posibles efectos secundarios enumerados en el prospecto. Entre las contraindicaciones, los pacientes que presenten una intolerancia a la galactosa, un déficit total de lactosa o un síndrome de malabsorción de la glucosa no deben tomar este medicamento.

En respuesta a mi correo a propósito de una exposición de las obras de Peter Hujar, un centro de arte de París me asegura que no posee ningún archivo clasificado sobre Daniel Schook. Es probable que se le dedicaran algunas palabras en el catálogo concebido para la exposición, pero los últimos ejemplares solo podrían consultarse en ciertas bibliotecas de la capital. El comisario de la expo es Joel Smith. Existe también un derechohabiente y otros comisarios especialistas en el fotógrafo en Estados Unidos. En la web de la galería Fraenkel hay disponible una entrevista grabada entre Nan Goldin y el comisario Vince Aletti acerca del trabajo de Peter Hujar. Cuando la visualizo, constato que la foto de Daniel Schook desfila en diapositiva en una pantalla detrás de ellos. Cuando hablan del fotógrafo, lo hacen de forma anecdótica porque lo conocen. En internet, encuentro fácilmente sus redes sociales. Nan Goldin tiene una cuenta pública en Instagram, una mensajería accesible. Sube capturas de las décadas de 1980 y 1990, rostros en clubes y fiestas llenas de humo. A fuerza de hacer desfilar su feed, observo el retrato de un hombre cuyo nombre, Clemens, aparece en la leyenda de la publicación. Cuando tecleo «Nan Goldin + Clemens», saltan las imágenes de un actor con el nombre completo. A continuación, hago desfilar las fotos hasta su primer post de 2017, en busca de una cara que me recuerde a la de Daniel Schook, pero no encuentro ningún parecido particular.

—Hola, Louis, he pensado más de una vez en ti últimamente, pero creo que sería mejor dejarlo estar, por Thibaut.

—Sí, creo que es muy buena idea. Espero que la cita en el médico te haya tranquilizado. A2.

En mi cuaderno, evoco la frecuencia sostenida de mis relaciones tras un desengaño amoroso. Cuando una ruptura con un hombre se concreta, poco importa el grado de la relación, me conecto en Grindr y encuentro a alguien a la media hora. Una vez concluido el asunto, me quedo generalmente solo, aliviado y saciado de dopamina por esa noche. Después del contacto con otro cuerpo, pienso menos en la ruptura. El que lo ha precedido desaparece, durante un rato. Y, en cuanto reaparece la sensación de vacío, abro Grindr otra vez y busco al próximo chico contra el que restregarme.

Nan Goldin:

Le escribo a propósito de las fotos que Peter Hujar le hizo al modelo Daniel Schook. Me conmueven mucho y me pregunto si Daniel pudo haber dejado otros rastros aparte de estas fotos en las que sale él. Me dirijo a usted porque sé que era cercana al fotógrafo, que tal vez lo conociera. Es un poco como lanzar una botella al mar, pero ¿quién sabe? Si alguna vez encuentra este mensaje en su buzón privado, le agradezco de antemano su atención a esta solicitud.

(Mensaje no leído).

Parada Bagatelle, olor acre a betún. Recorro las alamedas de bloques de hormigón, los edificios que se cruzan y se hermanan. Delante del suyo, llamo al portero automático. Descuelga, primera a la derecha, planta baja. Dentro, me pide que me quite los zapatos; acaba de pasar la fregona y el suelo aún está mojado. Tiene una cocina equipada, abierta al salón. Las paredes y las baldosas son blancas, de una luminosidad impersonal. Él luce una camiseta de tirantes y unos shorts de deporte azules, tejido de licra. Dice que enseña ciencias en un colegio y que juega al baloncesto en un club de su barrio, de ahí que vaya vestido así hoy. Su cara es tan bonita como en la foto. Su sonrisa le imprime un encanto que no podía adivinarse. Me sirve agua en un vaso de IKEA cuya etiqueta sigue pegada en la base. Hago algunos comentarios elogiosos sobre el espacio, le doy a entender que me siento bien aquí, que estoy

dispuesto a quedarme un rato. Me acerco y apoyo la mano en su torso, la deslizo hacia abajo y se la cojo. Un perfume dulce se propaga. Unos minutos más tarde estoy dentro de él y nuestra diferencia de corpulencia me choca. La redondez de sus miembros contra la finura de mis huesos. Nuestras piernas se entrecruzan y su busto queda frente al mío. Con los brazos echados hacia atrás, sube y baja encima de mí, exhala con cada deslizamiento.

Después del amor, pregunto si puedo darme una mano de agua rápida. El cuarto de baño está a la izquierda y las toallas debajo de la pila, en el cajón inferior. Me dice que coja una amarilla o azul, que me sienta como en mi casa. Bajo el agua, oigo la tele desde el salón, las noticias o algo disonante como la cadena BFMTV. Pienso en lo que podríamos decirnos ahora que hemos saciado el deseo, en la manera en que debería eclipsarme. De vuelta en el salón, intento decir una frase, una palabra, algo que me permita quedarme un poco más. Un pretexto. Finalmente, recojo mis cosas, los vaqueros y la camisa del suelo, las Dr. Martens en el vestíbulo. Me siento en el borde de una silla, me las calzo y me pongo de pie. Ha estado bien, gracias. Hasta la próxima, quizá. Sí, quizá. Cierra la puerta, me voy. Hasta otra.

Giton. Perfil de Jim 2000. Tiene cincuenta y un años y dice que es casado, con dos hijos. Le gustaría probar conmigo una noche para ver qué tal. Es la primera vez, no tiene la costumbre. Le propongo un momento durante el cual pueda sentirse libre. Añado que conozco un hotel en el centro, tranquilo y discreto. Para meternos un poco en ambiente, también podría pasar por la bodega y comprar un buen vino.

Se oyen cosas en las noticias, en la radio, un virus se propaga de país en país. Se habla de muertos. Se habla de la película *Contagio* con Marion Cotillard y Jude Law, pero esta vez es muy real, no es un guion de ciencia-ficción. Dicen que hay que protegerse, llevar mascarilla, evitar tocarse y lavarse siempre las manos.

Los compañeros de piso me preguntan si tengo noticias de mi familia. Adèle me interroga también sobre las revisiones del certificado de aptitud profesional, más que nada por saber en qué punto estoy. Le digo que mi padre está en las últimas. Ha rechazado la última quimio, desde hace un año se deja morir. Solo es cuestión de semanas o meses. Y, en cuanto a mi futuro en la enseñanza, le confieso que he tirado la toalla. Ahora estoy buscando curro activamente, en cualquier campo, poco importa la rama. Durante los primeros segundos no reacciona, se limita a asentir, y luego se acuerda de un contacto en el sector aeronáutico, cuyo correo electrónico puede pasarme. La empresa en cuestión busca a menudo recepcionistas para orientar a los visitantes y controlar las credenciales de los empleados. Es a jornada completa, no muy pesado, y puedes pasarte el día entero leyendo.

Señor:

Me permito enviarle mi candidatura espontánea para un puesto de recepcionista, siguiendo los consejos de Adèle Marais, que trabajó para usted en 2017. Encontrará adjuntos mi CV y una carta de motivación. Agradeciéndole su interés por mi candidatura, reciba un cordial saludo.

Hace unos diez días que Michel, sesenta años, casado con tres hijos y CEO de una empresa, desea contratar mis servicios para darse un capricho. Ha reservado una tarde y cancelado en el último minuto, se ha excusado e insistido en que le pase mis datos bancarios para pagarme como estaba previsto. Unos días más tarde, se repite el mismo patrón, me envía el dinero. Le he señalado su generosidad y mi agradecimiento por ello.

Hoy me contacta de nuevo y parece preocupado por mi situación financiera. Le gustaría mucho darme un anticipo, un empujoncito. Pensar que estoy pasando apuros lo apena. Aunque no nos conozcamos todavía, tiene la sensación de que ando necesitado, de que voy muy justo. Me pregunta si tengo suficiente ropa, suficientes ahorros para alimentarme como es debido. Tiene tanto dinero

durmiendo al sol que puede permitirse ayudarme sin problema, no acepta un no por respuesta.

Unos minutos más tarde, me escribe para decirme que la transferencia está hecha. Está impaciente por besarme y por chuparme con ternura, por beberse mi esperma. Le gustaría lamerme el vientre y luego dormirse en mis brazos y sentir mi aliento cálido sobre su pecho. Le gustaría lamerme los pies, lamerme el ano también. Le gustaría descansar un poco y encajar su cabeza en el hueco de mi vientre, mi verga hundida en su boca, lamerme por todas partes y deleitarse con mi cuerpo. Le gustaría que un vínculo sólido y sereno de amistad nos uniera. Le gustaría darme placer al despertar, chuparme una y otra vez, chuparme despacio los huevos. Le gustaría beberse mi sudor.

II

El virus está cobrando impulso, se propaga por el mundo entero y no se debilita. Ante el anuncio de un posible confinamiento, he pensado en mi padre, en los kilómetros que nos separan, y me he subido al autobús. En la carretera, me pregunto de qué estarán hechas las próximas semanas, entre él muerto y nosotros tristes, encerrados en casa. No quiero imaginarlo, pero me lo imagino ya. Volver a mi habitación de adolescente y levantarme tarde por la mañana. Tomarme el desayuno mirando por la ventana, el campo y los pastos alrededor. Comenzar una rutina. Mi madre canturreando «Because you love me», de Céline Dion, mientras cocina. Tener ganas de una limpieza importante de primavera. Vaciar los armarios y hacer una selección de ropa. Deshacerme de los viejos cedés y de la cadena hi-fi que chisporrotea. Organizarse para las compras de alimentos e ir a ver a mi padre a la clínica, mirarlo dormir y abrir un libro, a la espera. No dejarlo demasiado pronto, hacer acto de presencia. Y luego marcharme por fin. Cenar con mi madre y mi hermana. Lavar los platos y volver a mi habitación. Encontrar una intimidad, un momento para mí, una hora precisa para empalmarme, tarde por la noche o por la mañana temprano. Ponerme un vídeo pornográfico en sordina bajo la ducha y correrme sin hacer ruido. Después leer, ver pelis y series en Netflix. Cortar el césped por la tarde y ayudar a mi madre con la comida. Volver a la clínica con mi hermana, sentarme en el sillón con motivos de patchwork enfrente de mi padre. Esperar a que se despierte y mirarlo dormir otra vez, decirle unas palabras y volver a casa al final de la tarde. Preparar la cena, algo sencillo, rápido, y pasar de nuevo una noche en mi habitación. Tener pesadillas, despertarme empapado en sudor de madrugada. Rehacer el inventario de las cosas, desde los libros de cabecera hasta la ropa de la víspera, tirada por el suelo, una realidad que reconforta. Encontrar una vieja agenda de 2007 apenas llena en el

fondo de un cajón, un estuche manchado de tinta que amarillea por la luz, lápices y rotuladores que ya no pintan, un condón en su envoltorio. Acordarme de por qué ha terminado ahí, olvidado, caduco, y luego tirarlo. Hacer un poco de sitio.

Mi hermana aparca delante de la clínica. A causa del virus, ya no son posibles las visitas de varias personas, nos vemos obligados a entrar en la habitación por turnos. Esta vez, ella es la primera. Yo me quedo en el coche y la observo alejarse por el retrovisor. Las puertas automáticas se cierran. Para entretenerme, leo las noticias en mi teléfono, la actualidad sobre la pandemia. Encontrar trabajo en estos tiempos va a resultar difícil. Luego abro un libro, leo sin concentrarme del todo, una página tras otra, retomo la lectura algunas líneas más arriba, recupero el hilo y lo pierdo de nuevo.

Las pastillas están encima de la pila del baño, no las escondo. Me llevo a la boca la última del frasco y me la trago con agua fría. Pensé que me encontraría mal al cabo de treinta días, pero nada. Ninguna náusea. Mi madre las vio ayer mientras limpiaba el cuarto de baño. Me preguntó qué hacían ahí. Se lo expliqué a grandes rasgos, la rotura del condón y todo eso. Se asustó un poco y no dejaba de repetir que afortunadamente mi padre no lo sabría jamás, que no lo sabrá jamás y que es mejor así. Habría tenido mucho miedo por mí. Y es verdad que cuando yo era pequeño él siempre tenía miedo. Cuando me caía y me despellejaba la rodilla, me echaba la bronca. En la playa, me tropezaba en las rocas y venía a levantarme a grito pelado. Vaciaba su miedo con la ira y la ira canalizaba su miedo. Cuando me rompí el brazo, se puso pálido, a punto de llorar. En cuanto a mi homosexualidad, estoy seguro de que enseguida pensó en el VIH, y se dijo que, además de todas las desgracias que podrían sucederme, estaba eso. Era la gota que colmaba el vaso de todos los dramas.

Me viene un pensamiento, cojo un bolígrafo y lo escribo. Intento concebir la muerte de mi padre como una etapa hacia la continuidad de su vida. Es reconfortante convencerse de que hay un después. Solo que la espera es larga y todo se acelera en nuestras cabezas. No entendemos que el otro dejará de estar entre nosotros. Nos decimos que mi padre es valiente por aceptarlo, por no llorar. Porque tendría derecho a llorar. En Navidad, nos dijo que nos quería. Nosotros también lo queremos, pero es una pena decirlo así, sentirse obligados a decirlo porque ya no tendremos más ocasiones de escucharlo, este amor, cuando se haya marchado. Mi madre, mi hermana y yo, solo quedaremos los tres. La unidad se rompe. La pena se instala en nosotros para ser una parte integral de lo que nos une. La desaparición de mi padre comenzó desde su primera operación. La cicatriz de más de treinta centímetros en su vientre anunciaba el otro lado, un punto de inflexión, mientras me digo que será un alivio cuando las marcas y los dolores de su cuerpo dejen de escucharse.

Como su fin está cerca, mi padre ha pensado en el suicidio, en la eutanasia, en esas alternativas para no verse perecer. No sé qué método imaginaba, pero ha pasado tiempo en internet recorriendo los foros, intentando comparar las técnicas, las maneras. Una vez nos reenvió un artículo sobre el suicidio con dióxido de carbono en Asia, donde es muy popular. Basta con comprarse un hornillo de gas, quemar un poco de carbón de leña en una estufa y tumbarse al lado en un sitio herméticamente cerrado. No sé si nos lo contaba para prevenirnos. En sus búsquedas para morir dignamente, descubrió una clínica a diez minutos de casa, la misma donde lleva casi dos meses. Una clínica especializada en cuidados paliativos que suele proponer la sedación profunda a los pacientes que la pidan cuando han alcanzado cierto estadio de su enfermedad. Esta opción lo sedujo. Llamó para reservar una plaza, ya se veía allí. Sintió alivio. Desde que ingresó, sonríe un poco, como le comento a mi madre esta noche mientras cenamos. Ella está de acuerdo, lo encuentra mucho más sereno.

En el libro *Close to the Knives*, David Wojnarowicz describe las visitas al hospital para ver al fotógrafo Peter Hujar. Leo sus palabras mientras proyecto la muerte de mi padre enflaquecido en la cama de una habitación fría, con un mobiliario frío. Wojnarowicz ve su muerte en la de Peter como yo considero la mía a través de la de mi padre. Solo que, al contrario que en la novela *Al amigo que no me salvó la vida* de Hervé Guibert, pude llegar hasta el final del libro sin sentirme asqueado. Triste, como mucho, pero no repugnado. Las palabras que Wojnarowicz escribe sobre la muerte no me produjeron la misma repulsión que me producen las de Guibert. Las palabras de Guibert están llenas de dolor, las percibo como preñadas de un dolor físico. Wojnarowicz no escribe sobre su dolor del mismo modo en que Guibert escribe sobre el suyo. Escribe sobre el de los demás, el de todos aquellos que todavía no han muerto y que morirán después de él.

En Giton, me preguntan si tengo Skype, Snapchat o FaceTime. Me preguntan si tengo una cuenta en tal o cual chat de cam para una sesión privada. Me preguntan si lo hago por teléfono también, si acepto cheques o incluso vales de comida. Me preguntan si estoy disponible ahora, cuando mi padre podría morir de un momento a otro. Me preguntan si me desplazo, si puedo ir a pasar el confinamiento en casa de uno, una noche en casa de otro. Me preguntan si no nos hemos visto antes en alguna parte, si fío. Me preguntan por qué no respondo a los mensajes que me escriben, si tengo una cuenta en OnlyFans o Instagram. Me preguntan si tengo novio, novia, si soy hetero o bi. Me preguntan si tengo miedo del virus, si ya lo he pasado o no, si llevo mascarilla durante el amor. Me preguntan lo que no está escrito. Me preguntan más o menos de todo.

Me dejo llevar por la imaginación y veo a Daniel caminando por las calles de Nueva York; un hombre está a punto de abordarlo. Este hombre quiere sacarle una foto en su estudio de artista a cambio de dinero. Daniel acepta y lo sigue. Cuando llegan, el hombre le da un

sobre en el que ha metido algunos billetes. Daniel lo coge y luego se pone en medio de la habitación de paredes blancas, vacía de muebles. El hombre le sugiere poses fáciles, retratos de prueba. Y, para que Daniel se relaje, le sirve una copa. Vodka. Daniel bebe bastante rápido, se quita las capas de ropa una a una y se pone en actitud sexi. Prueba varias poses de pie, pero el hombre no está convencido y le tiende una silla. Daniel se sienta, dobla el cuerpo y prueba un gesto que no le pega.

Me despierto en plena madrugada. Alcanzo mi teléfono y miro las noticias. Salgo de la cama, camino como un zombi hacia la cocina. Me sirvo un café. Voy al cuarto de baño y me cepillo los dientes, pongo música y me ducho. Texas, «Say What You Want». Canto bajo el agua. Me seco y me visto. Ayudo a mi hermana a pelar las verduras para el almuerzo. Leo mientras espero que mi madre vuelva de la compra. Aparca el coche, cierra la puerta. Comemos. Nos instalamos en la terraza con el café. Hace buen tiempo. Nos recomendamos lecturas. Mi hermana ha terminado *Pura pasión* de Annie Ernaux. Me anima a empezarlo. Dejo de leer y recojo la mesa. Me encierro en mi cuarto, veo una serie. Mi madre se marcha sola a la clínica para ver a mi padre. Hacia las cinco de la tarde nos llama y nos propone un Skype con él. Encendemos el Mac, se activa la llamada. Durante media hora, charlamos los cuatro, de esto y de aquello. Nos despedimos y colgamos. Mi madre vuelve a casa. Esta noche toca crepes de trigo sarraceno. Caliento la mía en la sartén antes de añadir los ingredientes. Lavo los platos y luego me refugio en mi cuarto. Pongo la serie donde la dejé. Me lavo los dientes y me acuesto. Miro las noticias en mi teléfono. Apago la luz.

Tengo un sueño. He quedado con un chico en su casa y me preparo. Vive en el ático de un dúplex en pleno corazón de la ciudad, un sitio agradable. Cuando llego, me parece guapo enseguida, tengo confianza en mí mismo y creo que yo también le gusto. Bebemos, nos reímos, hablamos. Nos besamos hasta su cama y hacemos el amor sin preservativo. Se nos ve a gusto, se nos ve felices, todo

parece real. Luego el sueño se transforma. Tiene que contarme algo grave, tiene que hacerlo mirándome a los ojos. Observo sus labios y casi veo las frases que salen de su boca. Me habla de contagio, de su sangre enferma, lo escucho mortificarse, suplicarme que lo perdone. Su voz pasa a un segundo plano, he dejado de escucharlo. Yo repito NO sin parar, no, no es verdad. Eso no. Yo no. Lloro. Luego se apagan las luces del apartamento, solo se queda encendida la del baño. De pronto, veo salir a un chico, desnudo, y loco. Suena un grito. El chico chilla, salta de un lado a otro. El grito me hace daño. Es agudo. Estoy aterrorizado. Cuando me despierto empapado en sudor, la vuelta a la realidad me tranquiliza, me devuelve a la vida poco a poco.

Mi padre apenas tiene algunas fotos suyas de niño y adolescente. El rastro de la imagen no era una obsesión para mis abuelos. Los carretes eran caros. Para su cremación hemos pensado que estaría bien que aparezca en la presentación de diapositivas a diferentes edades. Entonces me pongo a buscar por él. Después de vaciar varios armarios, he encontrado muchas fotos de sus viajes en la veintena. Solo o acompañado de su hermano mayor, se desplazaba en autostop con una mochila enorme, en Marruecos, Túnez o Quebec. No tenía perro, pero en muchas instantáneas sale con perros. Me dice que siempre se ha llevado bien con ellos. Que los perros de sus amigos, de sus conocidos, querían estar con él. A menudo venía de ellos. Él los atraía sin prestarles necesariamente demasiada atención. Aceptaba su compañía y se creaba un vínculo entre ellos. Me resulta agradable creer que los perros saben detectar la bondad de una persona por no sé qué misterio.

Todavía no he decidido cómo me vestiré en su funeral. Primero he pensado en ropa que no me gustaría volver a ponerme, para no impregnarla de recuerdos que me traigan ese día a la memoria. Tengo un pantalón de tela basta azul con los bolsillos gastados que no me pongo desde hace años, unos botines de cuero marrón muy

caros, demasiado caros, que terminé por abandonar. La camisa, el jersey, la chaqueta, todavía no sé. Pero, escoja lo que escoja, pienso deshacerme de todo justo después, donarlo a Emmaüs o al Secours Populaire.

Ya no recuerdo la última vez que mi padre y yo nos abrazamos. Mi madre me cuenta que, cuando yo era pequeño, era una cosa constante. No paraba de pedírselo. Quería los brazos de mi padre todos los días, y luego se me pasó. De golpe. Puede que a partir del día en que me privó de los dibujos animados en la tele, porque, unas horas antes, yo me negué a que le quitara las dos ruedecillas a mi bicicleta. Más tarde volvió, y luego desapareció otra vez. Esa necesidad de contacto. En la adolescencia, no tengo recuerdo de ningún achuchón. De adulto sí, alguna vez en celebraciones, cuando obtuve el título de bachillerato. Cuando había una buena noticia. Nos dábamos un abrazo rápido, no duraba mucho.

Por la tarde, mi madre nos llama a mi hermana y a mí desde la clínica. Mi padre nos pregunta a los tres si estamos de acuerdo con que se haga hoy. Dice que tiene miedo de no llegar al fin de semana, que no le quedan fuerzas, que ya no logra ni beber ni comer. Está aterrorizado porque el médico no estará allí para atender su solicitud. No vuelve hasta el lunes. Le decimos a mi madre que estamos preparados, que puede tranquilizar a papá. Cuelga y viene a buscarnos.

En la clínica, el médico sale a recibirnos, nos conduce a la habitación de mi padre e insiste en que nos tomemos nuestro tiempo. Mi padre ha recuperado la sonrisa, dice para él es un alivio que queramos que se duerma ahora. Nos sentamos en el borde de la cama y le damos un beso, le sujetamos la mano. Le decimos cosas tranquilizadoras. Él nos observa y sus últimas palabras quieren destilar amor. Le digo que va a tener un bonito viaje. Me responde: «Fijo, canijo. Eso espero». Me excuso y prefiero no estar en la habitación cuando el médico lo duerma.

La enfermera me da un vaso de agua y una magdalena. Antes de proceder a la inyección en presencia de mi madre y de mi hermana, el médico le ha ordenado que no me deje solo. Pero la mujer tiene cosas que hacer, no sabe muy bien cómo comportarse en mi presencia. Ambos estamos sentados en la sala de descanso del personal y lo único que se oyen son mis sollozos. Al cabo de un rato, se me viene a la cabeza una pregunta que no he tenido oportunidad de abordar con la doctora. Le pregunto por el producto utilizado para la sedación profunda. Ella me mira a los ojos y me dice que es una especie de anestesia. Le hago otra pregunta y me responde que no sabe, que no puede decirme nada. No se sabe si el paciente siente algo una vez que se ha dormido, pero lo que es seguro es que procura un gran alivio. Eso es lo que importa, ¿no?

Me reúno con mi madre y mi hermana en el pasillo. Con los ojos rojos, escuchamos al médico decirnos que hay que dejar que el tiempo pase. Que la cosa puede durar de unas horas a unos días. No es posible saberlo de antemano.

Tengo como un deseo de romper el decorado, como una urgencia nacida en el interior de mi vientre que debo expulsar a toda costa. Golpear o desgarrar un cojín no sería suficiente. Tengo que amortizar el choque, encontrar la manera de quitarme la sensación pastosa que tengo en la lengua. No he bebido en todo el día, no he tenido sed. Le digo a mi madre que pasemos por la tienda. Quiero una Coca-Cola, creo, una bebida azucarada.

Adèle me llama por teléfono y le cuento lo de mi padre. Ella se temía que sucedería pronto. Han pensado en mí últimamente. Le pregunto si están bien a pesar del confinamiento. Desde hace dos semanas ella está teletrabajando, ha improvisado un despacho en la mesa del comedor y trabaja bien allí. Mi otro compañero de piso, por su parte, sigue yendo a la oficina de vez en cuando. Le sienta bien. Permanecer encerrado el día entero le resulta insoportable. Necesita cambiar de marco, moverse. Esperan poder marcharse de vacaciones a principios de julio, al menos por un mes. Tienen un

poco de miedo por las restricciones fronterizas, cruzan los dedos. También me anuncia que han acogido a un cuarto compi desde hace unos días, una gatita que se había perdido en el jardín, adorable, a rayas blancas y grises. Tendrá unos tres meses y parecía completamente desorientada, sedienta. Una vez dentro, se bebió dos escudillas repletas de agua, a destajo. No han tardado mucho en ponerle Cirrosis de nombre.

Mi madre hace una selección de fotos de mi padre en el ordenador. Duda entre esa donde sale con su camisa gris oscuro y su chaqueta de pana negra, y otra tomada durante las vacaciones en el Tarn. Creo que prefiero la segunda, tiene un aspecto más despreocupado y buena cara. Al final decide imprimir la primera y luego enmarcarla. A continuación, la coloca en el mueble bajo cerca de la entrada, donde compone un pequeño altar con velas blancas y rojas en unos candelabros. Ella piensa que ahí está bien. Así podemos verlo, pero al mismo tiempo está tranquilo, sin exponerse demasiado.

A la edad de ocho años, más o menos, mi padre me enseña a trepar. Es domingo, el tiempo es suave para ser febrero. Deja el coche en el parking de la playa y caminamos por la arena. Cuando llegamos al pie del acantilado, donde se han acondicionado las rutas de escalada, él encuentra la buena pendiente, el lugar perfecto. Trepa hasta lo alto, lo afianza todo con la cuerda y luego se deja caer, con las piernas extendidas, los pies contra la piedra. Me incita a lanzarme. Me asegura. Promete no soltarme. Me agarro a la roca e intento alzarme. Mi padre me ordena que no mire hacia abajo, siempre hacia arriba, y si me canso puedo hacer una pausa, no te preocupes, me dice, yo te sujeto, prometido. En un momento dado, me flaquean las piernas. Mis dedos se crispan. Él intenta tranquilizarme, pero no hay manera. Levanta la voz. Estoy a tres o cuatro metros del suelo y, por más que se enfade y me grite, por más que tenga los brazos entumecidos, mi padre me asegura, me sostiene. Si mis pies se resbalan, él está ahí para atraparme. Sé muy bien que está ahí. Sin embargo, el miedo me vence y ahuyenta a mi

padre de la realidad, un poco como si yo ya estuviera a solas con el vacío, yo mirándolo, y él absorbiéndome.

En el funeral, somos veinte a causa de la pandemia. Mi madre, mi hermana y yo, los tíos y las tías, y algunos amigos. El deseo de mi padre era que esparcieran sus cenizas al pie de un árbol frente al mar. Hablamos de eso con los allegados. De su deseo. Del precioso árbol que ha escogido en el camino costero.

Cuando el corazón de mi padre se paró, no quise verlo en la clínica. Hoy, al descubrirlo en el féretro, he estado a punto de desmayarme. La mentonera color carne colocada en su cuello me ha parecido un hueso de lejos. Como si ya se estuvieran despegando partes de su cuerpo. Estaba muy blanco, y azul en algunas zonas. Me habían dicho que ver al muerto podía ayudar.

Me despierto a las diez, cojo mi teléfono y me levanto. Como cereales con leche. Voy a ducharme. Ayudo mi madre a preparar la comida. Corto las zanahorias en datitos. Almorzamos. Veo una serie y luego leo. Escribo a tíos en las aplicaciones. Nos calentamos, pero no mucho rato. Hago la siesta. Bostezo y me despierto. Ayudo en la cocina. Nos comemos la pasta, los tres juntos, sin decir nada. Lavo los platos. Cojo una cerveza y cierro mi habitación de un portazo. Escucho las noticias y luego pongo una película. La peli es mala, la paro. Pido un libro en Amazon. Apago la luz, doy vueltas en la cama. No consigo conciliar el sueño.

En directo en la televisión, el presidente ha hecho la analogía entre la pandemia y la guerra contra un enemigo invisible. Una guerra del cuerpo, una prueba sobre los más débiles y los más resistentes. Dos semanas de confinamiento se convierten en diez, pero el final está cerca, la situación mejora, eso dicen. Salir, recuperar la vida de antes, ya falta poco. Dentro de dos o tres semanas. La edad media de los fallecidos está en setenta y cinco años, hemos salido del atolladero, dicen también.

En casa estamos un poco perdidos. El mundo está confinado y no queda otra cosa que hacer aparte de procurar matar el tiempo, buscar estratagemas para impedir que rumies el pasado, o le des demasiadas vueltas. Aceptar que la fase de negación no se ha acabado, que la presencia invisible de mi padre en cada estancia no tiene nada de anormal, que tiene derecho a estar ahí con nosotros un poco más. Otros se empeñarán en devolvernos a la realidad por teléfono, correo electrónico o postal.

Puedo permanecer varias horas así, devorado por vídeos YouTube, siempre en la misma posición. Pasar de una cadena a otra, de una entrevista a otra. Autores, actores, artistas. La cadena Arte, los vídeos cortos de Konbini, Brut y Mediapart. Los tráileres de películas como el último 007, cuya fecha de estreno se ha pospuesto. *No hay tiempo para morir*, el título y la canción de la película firmada por Billie Eilish. Pero también testimonios. Extractos de la emisión de Faustine Bollaert sobre la eutanasia. Una mujer condenada por la enfermedad que prevé terminar sus días en Bélgica. Y los vídeos sobre la pandemia, cada vez más numerosos, procedentes de todos los países. Las estrellas envían palabras de aliento a sus fans. «Stay home, stay safe». Y luego los avances médicos, un tratamiento, una eventual vacuna, médicos invitados en los platós radiofónicos. Comparten su opinión con los periodistas sobre la manera en que la crisis se gestiona en los hospitales, el continuo desasosiego de los médicos, que también se contagian de la inercia de los acontecimientos.

Desde mi cama, observo mi book y la letra M escrita encima. La cubierta es de plástico, color azul real. Está colocado en un estante, y lleva varios años ahí. Cuando lo abro, las fotos se pegan a las fundas. Fueron tomadas en un despacho vacío de la agencia, con las paredes blancas. Yo creía que el agente encargado de tomarlas utilizaría un equipo profesional, pero, en lugar de eso, me grabó de espaldas a la pared con una cámara normal. En el montaje, se limitó

a hacer *screenshots*, imprimirlos y meterlos en el portafolio. Las dos instantáneas, en plano americano o de cuerpo entero, son borrosas.

Cuando tecleo mi nombre en internet, puedo encontrar el PDF de mi *composite* en uno o dos blogs como Models.com, que incluye la lista exhaustiva de los modelos de la agencia seleccionados para los castings de enero de 2013. También he conservado los correos intercambiados con la directora de la agencia, el billete de avión a Los Ángeles cancelado en el último minuto, las escasas líneas que mencionan un posible contrato de publicidad o incluso el horario de una jornada de casting. Salir de la agencia por la mañana, coger el metro en Madeleine, bajar en Rambuteau y caminar hasta el showroom Yamamoto, rue Saint-Martin, marcharme una hora más tarde a Dries Van Noten, rue du Plâtre, luego John Lawrence Sullivan, Mugler, place de l'Opéra, Damir Doma en Beaubourg, Lanvin, o incluso Valentino, place Vendôme, Junya Watanabe y Carven para terminar.

Hoy, internet no contiene casi ningún rastro de mi paso por el mundo de la moda. En Facebook, salgo en una o dos fotos, pero en segundo plano, durante una fiesta privada, con otros chicos de la agencia. De ningún modo puedo contarle a nadie que he sido modelo; puedo decir que hubo una tentativa, que tengo en casa un book con el logotipo de una agencia conocida y, en su interior, algunas fotos mías, fallidas.

En la portada del número 222 de *Têtu*, un chico está tumbado entre tres otros modelos con las carnes expuestas, los cuerpos entremezclados y tendidos juntos. Por más que se confundan, la luz lo mira a él. Es el único que tiene la cara en el eje del encuadre, y la mirada vuelta hacia el objetivo. Dentro de la revista, sale en varias páginas del editorial y el nombre de pila, «Steve», figura en los créditos.

En Google, tecleo «Steve modelo Têtu número 222». En unos clics, encuentro su Instagram. Ha subido la foto de cubierta en la que aparece. En otros post más antiguos posa, baila, hace de modelo, con el cuerpo vestido o parcialmente descubierto, cuando

no desnudo por completo, las nalgas expuestas, capturadas por la magia de internet.

Cuando tecleo el nombre de Daniel Schook en Instagram, los resultados no tienen nada que ver con el modelo de Peter Hujar. En la actualidad, rondaría probablemente los sesenta años. Me pregunto si, de seguir vivo, tendría conexión con el mundo virtual.

Al final de *Close to the Knives*, en la página dedicada a los agradecimientos, David Wojnarowicz cita a varias personas que fueron fuentes de inspiración para él. Amigos, como Peter Hujar, y personas que conoció más fugazmente. Intento buscar el nombre de algunos de ellos en internet y las redes sociales. El de una artista, Jean Foos, es evidente, el contenido de su cuenta de Instagram, accesible. Un post de 2018 contiene una foto un poco borrosa de David Wojnarowicz. La sigo y le pregunto por mensaje si también conocía a Peter Hujar, la historia detrás de las fotos tomadas por Daniel Schook.

Todos los días hago una búsqueda de él en Google. Compruebo que no se me escapa nada. Espero que alguna información pueda salir a flote y en cada ocasión miro su retrato. Existe otra foto en la que sale en la misma postura, sentado, con el dedo dentro de la boca, captado de cuerpo entero, desnudo. La atención de la mirada se dirige primero hacia su pie derecho atornillado al suelo, en media punta. La otra pierna permanece cruzada y atraída hacia su cara, sostenida firmemente por su brazo izquierdo, como en la del retrato. Daniel no está mirando al objetivo, sino más bien un punto imaginario situado fuera de campo. La luz se posa en primer lugar sobre su nariz, y el pie en la boca, la mirada se desvía a continuación hacia la clavícula y el hombro izquierdo acariciados por ella, después hacia el antebrazo, la mano agarrada al codo derecho, la rodilla, una parte iluminada de la pierna desplegada con el relieve de la safena mayor en la zona de sombra, y el empeine.

Daniel tiene un cuerpo robusto y una musculatura marcada. El torso no se le ve, pero se intuye flexible y en consonancia con el resto. Su belleza se confirma por la gracia de su pose, la luz que lo

toca delicadamente. Cuanto más lo miro más me sorprende la ausencia de información sobre él en internet. Son fotos que dan fe de un instante real. Su historia más allá de esta sesión de fotos existe, y es como si, sin haberse hecho pública, hubiera sido borrada.

Escribo que mi padre y yo no nos parecíamos. En cualquier caso, no tengo la impresión de que nos pareciéramos físicamente, no sé por qué. No sé cómo describirlo. Por eso hago una lista de lo que teníamos en común. La espalda frágil, las caderas un poco anchas. Muy pronto, me cuesta encontrar otros puntos. Yo soy delgado, él lo era menos. Creo que siempre tuvo un poco de grasa abdominal. Sé que me habría gustado tener sus piernas. Antes de la enfermedad, tenía los gemelos y los muslos moldeados, caminaba mucho, se iba solo a los Pirineos en verano, caminaba de la mañana a la noche por la montaña durante dos semanas. Los vaqueros y los pantalones le quedaban muy bien. También me habría gustado tener sus nalgas. En comparación con las mías, parecían redondas y firmes. Había algo muy equilibrado, proporcionado, en la parte inferior de su silueta. Cuando pienso en la desnudez de mi padre, se me viene a la cabeza un recuerdo de la infancia. Yo tendría cuatro o cinco años y me levanté temprano una mañana para ir al cuarto de baño. Cuando salí, él estaba en la puerta de su habitación, medio desnudo. La vieja camiseta que lo cubría terminaba encima del pubis. Era el primer sexo viril que yo descubría. Al final de mi pubertad, recuerdo haber observado el mío en estado de reposo en el espejo, y me pareció idéntico a la lejana imagen del de mi padre, que se olvidaba de sí mismo y se dejaba olvidar.

Correo de esta mañana. «Estimado señor: Espero que sus seres queridos y usted se encuentren bien en este período de pandemia. He recibido su candidatura para un puesto de recepcionista y tenga por seguro que me pondré en contacto con usted para las sustituciones de verano. No obstante, sepa usted que actualmente todavía tengo algunas personas en desempleo parcial, todo ello

debido a la pandemia y a una actividad que todavía no se ha reanudado al cien por cien. He remitido igualmente su CV a mis colegas por si tuvieran alguna vacante. Muy cordialmente».

Empiezo a prever mi regreso a la ciudad. Lo que significa despedirme de mi madre y de mi hermana dentro de unas semanas. En Indeed, sigo buscando. Escudriño los anuncios. Busco un curro de recepcionista que me deje tiempo libre. Seguir escribiendo, reservarme una franja para eso. Vivir el duelo. Volver a ver la ciudad, a mis amigos, a los chicos de Grindr. Aprovechar los días de sol, salir, quitarse la mascarilla en el exterior y dejar de vivir solo a través de una pantalla.

La artista Jean Foos me dice que lamenta no poder decirme qué ha sido de Daniel Schook, sencillamente porque nunca lo ha conocido. Cierto: como Wojnarowicz, conoció a Peter Hujar, pero nunca ha oído hablar de Daniel por él u otra persona. Para ella, habría muerto de sida como buena parte de sus amigos artistas.

En otra foto, titulada *Daniel Schook, Leaning Against Chair*, aparece de pie, inclinado contra el respaldo de una silla, los brazos apoyados hacia delante, sujetándose con las manos, ligeramente basculante. Como sus pies, las patas traseras de la silla están suspendidas unos centímetros. El rostro parece sereno. Los carnosos labios están entreabiertos. La mirada se concentra en el objetivo, magnética. Y, si bien es un momento congelado, espero que se produzca una pirueta, una pérdida de equilibrio, un movimiento que termine en caída.

Cuando hablaba con él por teléfono, a mi madre le sorprendían sus entonaciones femeninas. Luego se acostumbró. Era incluso una baza de seducción, su voz, como una firma. Mi padre se sabía escuchado y adoraba que lo escucharan. Hablaba de política, de literatura. Pero en realidad era capaz de hablar de todo. Sabía cocinar, y muy bien. Planchaba la ropa, destacaba en bricolaje. Se ganaba bien la vida y

no dejaba de evolucionar. A los cincuenta años dimitió de su puesto de dirección para crear su propia empresa. A su círculo le impresionaba que supiera hacer de todo. Le gustaba estar ocupado, tener proyectos. Trabajaba mucho, con frecuencia demasiado, y olvidaba pasar tiempo con nosotros.

Como era de esperar, recibimos muchas cartas y llamadas. Cuando descuelgo el teléfono, la gente siempre tiene la impresión de que soy él durante los primeros segundos, como si él viviera todavía un poco a través de mí.

Para mi regreso en Grindr y Giton, me hago fotos nuevas. Delante del espejo del cuarto de baño, intento encuadrar mi reflejo, pero encuentro que la luz es mortecina. Miro en Instagram la cuenta de un influencer que se fotografía muy a menudo con el torso desnudo. Él y yo tenemos el mismo cuerpo, una musculatura frágil. En todas las imágenes tiene la cara girada tres cuartos y el brazo extendido, inclinado hacia la derecha para sacar bien la foto. Así, la vista sobre su torso es despejada. Se aprecia el relieve de sus músculos en contraforma, nítidamente. Intento imitar la pose, estiro el brazo hacia la derecha como él, pivoto la pelvis, la cabeza girada a la derecha, tres cuartos también. Y hago un disparo continuo. Dejo mi dedo apretado en el disparador, sin soltarlo. Luego le doy la vuelta al teléfono, observo el resultado, poco convencido de que pueda ser objeto de una publicación.

A veces, sigo viéndolo en su despacho, frente a la ventana, trabajando en varios programas abiertos en su Mac y dando un puñetazo en la mesa de trabajo cuando uno de ellos se quedaba colgado. Cuando no había guardado nada y había que rehacerlo todo. Sigo oyéndolo enfadado al teléfono con los arquitectos, estresado por su retraso y por el dinero, que entraba con cuentagotas. Durante tres buenos años intentó mantener a flote la empresa, incluso enfermo. Canceló su abono a *Télérama* después de veinte años de fidelidad, dejó de comprarse ropa y desgastó todas sus camisas, los cuellos raídos a causa de la barba. Al parecer, el

estrés favorece el desarrollo de enfermedades; está científicamente probado. Como la ira, el rencor y toda una serie de emociones nefastas para el equilibrio del ser humano. Mi médico me había aconsejado que, mientras mi padre siguiera vivo, no estaría de más hacerle unos exámenes para estudiar el posible origen de su cáncer. Que, a su debido tiempo, sería un dato útil para mi hermana y para mí. Cuando se lo comenté a mi padre, me dijo que se debía probablemente a una hepatitis mal curada. No respondí nada a eso. Sin duda, es mejor para nosotros no vivir con miedo y enterrar el asunto, porque, al igual que él, yo también tengo problemas de digestión, ataques de ira y dolores de barriga. Intento no angustiarme demasiado. Pero la verdad es que es una emoción que me ha transmitido, la ira.

Antes de hacer clic en el link de Zoom, me levanto el cabello y me lo ato. Compruebo que no hay espigas y que cada mecha está bien aplastada. Me conecto, espero que ella se ponga en línea. Es la hora y no sucede nada. Paro y actualizo el link. Renquea un poco y luego se carga. Ella aparece en la pantalla y los píxeles menguan. Es morena, joven y tiene la frente arrugada. Me saluda rápidamente y se apresura a interrogarme sobre la razón de mi retraso. Los cinco minutos que me separan del instante presente y de la hora exacta a la que debía conectarme para esta entrevista. No me atrevo a decirle que me está tomando el pelo, así que me callo y me excuso. A continuación, se asegura de que he recibido el MOOC enviado por correo electrónico. Le restituyo con mis propias palabras las informaciones esenciales de los vídeos. Le digo que soy consciente de que la acogida física de los visitantes de una empresa es un elemento crucial para el buen funcionamiento de esta. Que un recepcionista es el eje central de todas las comunicaciones, que es importante ser organizado, metódico y estratégico. Que transmite la imagen de la empresa y que debe tener una presencia irreprochable. Ella me interrumpe, señala mi empleo de la expresión «presencia irreprochable» y me pide que juzgue la mía. Pienso en mi cabello, en la camisa blanca que me he puesto para la entrevista y,

sinceramente, no lo veo. Ella se lleva un dedo a la oreja para hacerme entender que la anilla de oro es un problema. Suspiro, me despido y corto el vídeo.

Cuando dejaba un trabajo al cabo de tres días, mi padre se desesperaba. No entendía bien las razones por las que me presentaba a tal o cual trabajo que no me pegaba para nada. Según él, debía encontrar una actividad que fuera conmigo de verdad, lo que significaba un empleo de ritmo moderado, sin estrés y fácil. Pensé en acomodador de teatro o de cine. Mi candidatura fue rechazada en ambos casos. Encontré un puesto de vigilante de sala en un museo, pero la inactividad total me dejaba vacío. Era como perder mi ser, mi individualidad. En cierto modo, y como para tranquilizarme, me digo que los servicios que presto me permiten al menos sentirme vivo.

Escribo en mi cuaderno: «Si el duelo fuera un color, sería el blanco». Un blanco de neón desagradable a la vista. Un blanco que ciega como el sol en las aceras desprovistas de sombra. Un blanco abismal que me atraviesa cada vez que pienso en ello, como el cuerpo del difunto deshaciéndose poco a poco. Ignoro si este blanco será agresivo el resto de mi vida, pero espero de todo corazón que algún día su brillo pueda mitigarse.

Aunque él ya no esté aquí, a mi madre le resulta imposible dejar el jardín descuidado; sigue pensando en la manera en que a él le gustaría que se hicieran las tareas. El césped me toca a mí mantenerlo cada semana. Saco la ropa de jardinería de mi padre, una chillona sudadera tricolor de la década de 1980 y unos vaqueros descoloridos, remendados en las rodillas. Echo gasolina en el depósito del cortacésped y lo pongo en marcha. El terreno es tan grande que a cada vuelta vacío varios capazos en la fosa. Mi madre me vigila, con la mirada atenta. Cuando olvido una brizna de hierba,

se acerca para señalarla con el dedo. Ahí, justo ahí, insiste. Remonto la cuesta y reparo mi falta. Es por mi padre, así que no digo nada.

Después de eso, me pide que vacíe el ropero y haga la selección de cosas para dar, vender o tirar. Están sus viejas camisas Murphy & Nye, sus pantalones de pana Napapijri. Creo que son las dos marcas que le gustaba llevar estos últimos años. En calzado, llevaba siempre el mismo modelo desde hacía quince años, unos Camper marrones de cuero liso o de ante, solo cambiaba el color de los cordones. Lo que yo prefería de su guardarropa eran sus zapatos; no los llevaba ningún otro hombre de su círculo. Sus Camper eran los únicos zapatos con los que se sentía bien; más que estar guapo, lo importante para él era sentirse bien. Llevábamos casi el mismo número y en alguna ocasión me los probé. Yo no tenía presupuesto para costeármelos, pero hace unos años, cuando aún se ganaba bien la vida, estuve tentado de insinuarle que me regalase unos por mi cumpleaños. Me contuve, dudé de verdad, era una cosa muy suya, muy de su identidad. Tener el mismo modelo, en otro color, significaba literalmente seguir sus pasos.

En recepción, vigilante de noche. Preparar los desayunos. En el anuncio todos los términos están anglicanizados. Yo seré el Night. Night por «Night Auditor». Horarios de fin de semana. Recibo una llamada telefónica de la directora. Tiene una voz sosegada. Ha recorrido mi CV y mi perfil le interesa. Hablo inglés, eso le gusta. Su hijo ha estudiado lo mismo que yo. Quiere verme un día de esta semana para una entrevista.

Mientras guardo los papeles de mi padre en su despacho, saco de un cajón un sobre enorme con mi nombre escrito encima. Está lleno de dibujos que hice entre mis tres y mis seis años. Todos iguales. Mujeres con el pelo largo con vestidos ajustados en el pecho y de campana por abajo, coloreados con rotulador. Los hay a centenares. Eso me recuerda que no hacía otra cosa que dibujar, hadas, princesas. Lo hacía todos los días o casi. No recuerdo lo que respondía cuando me preguntaban por qué esbozaba siempre

formas femeninas, mientras que los hombres estaban ausentes de mi imaginario. Secretamente, soñaba con que el envoltorio de mi cuerpo se asemejara a esas heroínas con trajes de otra época.

Si cierro los ojos y pienso de nuevo en aquello, me imagino delante del armario ropero de mi abuela. Huelo de nuevo el perfume a viejo, a años olvidados en el interior. Cuando lo abro, veo una masa informe, una mezcla de colores marchitos: un pañuelo de flores de aspecto sedoso al tacto, un vestido cruzado en el pecho sin un estampado definido, zapatos de piel y tacón bajo guardados pies contra cabeza en una caja, joyas chapadas en oro, baratijas y otras piezas olvidadas por el paso de las modas. Toco los tejidos, los enrollo alrededor de mi cuerpo, busco las mangas del vestido y me lo pongo. No sé hacer bien los nudos, la sujeción a la cintura no se sostiene. El vestido queda abierto, se arrastra por la moqueta. Mi abuela entra en el dormitorio, descubre la imitación de sí misma. Dice que me parezco a mi tío cuando era pequeño, y se ríe. Bajo al sótano y me divierto taconeando contra el hormigón del garaje vacío. Allí hay más espacio para encarnar el atuendo. Corro con él, doy vueltas y más vueltas sobre mí mismo, el vestido vuela, se despliega y se repliega a lo largo de mis piernas de niño. Me gusta su tela, la suavidad del tejido, me siento bien dentro. Subo por la escalera, corro hacia mi abuela y le pregunto si esconde otros tesoros. En el piso de arriba, en una de las habitaciones, guarda algunos accesorios: sombreros, collares, zapatos de boda. Me lo enseña todo, saca viejas maletas de cartón repletas de maravillas.

Mi padre tiene que venir a buscarme por la tarde, mi abuela me pone en guardia sobre su llegada. Dice que no le gustará verme así, que será mejor que me ponga mi ropa. Hago caso omiso de sus prudentes consejos y me siento en el comedor delante de unos dibujitos Disney. Una hora más tarde, oigo el coche en la entrada. Bajo a recibirlo, dispuesto a lanzarme en sus brazos para sorprenderlo, sin darle tiempo a que se dé cuenta de nada. La puerta del garaje se abre, entra, me mira correr hacia él, y la expresión de su rostro pasa de la de un padre cariñoso a otra que nunca he visto.

Pauline, una amiga de la infancia, venía mucho a casa. Cuando mi padre no estaba, jugábamos en el jardín a juegos de rol que salían directamente de nuestra imaginación. Era un poco como si fuéramos muñequitas humanas, nos inventábamos nombres de princesas y nos disfrazábamos con ropa demasiado grande para nosotros. Pauline se ponía los zapatos de tacón negros de su madre, que había metido en su mochila a escondidas. A mí me divertía verla correr por la blanda tierra con sus puntas picudas. A mí también me los dejaba, y yo adoraba aquella sensación de altura cuando me subía encima. Si oíamos la voz de mi padre desde la casa de forma inesperada, parábamos enseguida. Nos colábamos por el garaje y quitábamos la tierra que se había quedado pegada a las suelas. Pauline los guardaba después en su mochila, y entrábamos por la puerta de la cocina, completamente sudados, sin aliento, justo a tiempo para la hora de la merienda.

Mi abuela paterna acaba de cumplir ochenta y cinco años. Hace varios años que su entorno le es extraño. Disocia los rostros. De los nombres se acuerda, confunde un poco a unos hijos con otros, pero su memoria sigue siendo bastante fiel, su instinto de madre todavía está presente. Sabe que tiene cinco hijos. Tiene recuerdos de ellos. Su mente los conserva, son sus referencias. Su realidad. El fallecimiento de mi abuelo la persigue todavía. Yo soy, creo, uno de los nietos que sabe situar sin equívocos. La última vez que la vi, me hizo preguntas sobre temas precisos, sobre mis estudios. Recordaba dónde me había ido a vivir.

Desde que está en Ehpad, a veces alguno de mis tíos la acompaña a ver su casa, y es como si jamás hubiera puesto un pie dentro. Uno de ellos le anunció lo de mi padre. A causa del confinamiento, no pudo asistir al funeral de su hijo. Nos preguntamos si sería juicioso contárselo, pero, si de entre los retazos de sus recuerdos hay uno que no la engaña, es la frecuencia de sus visitas, que ya no tienen lugar. En el momento lloró, no mucho tiempo. Los días siguientes se sintió deprimida, decía al personal que estaba triste sin saber bien por qué.

III

Cuando vuelvo al piso compartido, me conecto a Giton y reviso los mensajes. Mi atención se centra en el perfil de un hombre de cuarenta y cinco años sin foto. Mi anuncio lo seduce, plantea la idea de un primer contacto. Se imagina recibirme en su casa, pero solamente unos minutos, justo para acariciarnos. En respuesta a su solicitud, invento una nueva tarifa. Prestación cuatro estrellas, tarifa reducida.

En el corazón del distrito des Chalets, le escribo. Estoy delante de su edificio y lo espero abajo. Por pereza o quién sabe, me suplica que llame al interfono, pero insisto. Prefiero que baje él, cuestión de confianza y de seguridad. Como no responde, me dispongo a marcharme, pero la puerta se abre de par en par, bruscamente. Él, los labios fruncidos, la mirada torva.

En el vestíbulo, me ruega que me quite los zapatos y me siente en el salón. Descorcha una botella. Un buen tinto servido en copas balón. Es parlanchín y habla sin cesar. Lo escucho y respondo parcialmente, con voz pausada. No es de aquí. Vino hace unos meses por trabajo y no conoce a nadie en esta ciudad. No tiene ni amigo ni amante. Cuando se marchó de París, lo dejó todo. Desde hace un tiempo, echa de menos su antigua vida, no pensaba que la añoraría. Una vez apuradas nuestras copas, me desliza el dinero entre las manos, me dice que le parezco guapo. Empiezo por quitarme la camiseta.

Aún no he borrado su número de mis contactos. No me atrevo a hacerlo. No nos mandábamos muchos mensajes, pero es posible que los lea más tarde, cuando todo sea menos reciente. Hoy es el día del padre. Lo oigo en la calle, la gente lo comenta y va de compras por ese motivo. Una vez en casa, abro una cerveza, me siento en la terraza con el gato. Saco mi teléfono y comprendo que, realmente,

estas fiestas eran algo que a nosotros ni nos iba ni nos venía. Pero las palabras se escriben solas y envío el mensaje. Feliz día del padre.

La directora del hotel me recibe y me invita a entrar en su despacho. Ser Night no es complicado, pero exige rigor y autonomía, como conocer el procedimiento indicado si la alarma contra incendios se dispara. Asegurar una evacuación correcta de las instalaciones es primordial. En lo relativo a las llegadas, simplemente basta con realizar el *check-in*. En lo que atañe a las reclamaciones, se ha previsto un cuaderno de enlace para el relevo del día siguiente. Ella confía, piensa que soy un buen candidato.

Mis compañeros de piso me envían noticias de España. Recibo una foto de ellos en la carretera, en su autocaravana. Yo miro al gato y busco anuncios de alquiler compartido en internet. Esperan que me vaya antes del otoño. Debía quedarme un año en su casa, así es como estaba previsto. Y, para hacérmelo entender, me hablan de espacio, me hablan de hijos.

Se hace tarde. Bolsa, mascarillas, llaves, no olvido nada. El gato ha comido. Cierro la puerta, paso el cerrojo, camino unos metros y me vuelvo. Con el estrés, cada vez es más fuerte. Vuelvo sobre mis pasos, abro la puerta otra vez, la cierro de un portazo, paso el cerrojo de nuevo y ahora sí que me voy. En dirección al metro. Hay poca gente en el andén, el vagón está vacío. Subo y observo el nudo de mi corbata en los reflejos de la ventana, me rehago el nudo y reajusto el cuello. Es mi primera noche. Fuera, atravieso una multitud ya ebria, recorro los bares y sorteo las latas de cerveza tiradas por las aceras.

Delante del hotel, la pantalla de mi teléfono indica las diez y media. En recepción, mi colega se prepara para marcharse. Me pone al corriente de lo esencial del día y, con el Excel abierto, cuenta la caja una última vez. Mientras tanto, yo bajo a la cocina, en el sótano, para meter los cuarenta cruasanes en el horno, listos para

su cocción para el día siguiente. Cuando subo otra vez, ella lleva su bolso bajo el brazo. Transcurre la primera hora, después llega la medianoche, el momento de apagar las luces del vestíbulo. Quedarse a oscuras para que sea la noche. Que solo la luz blanca del ordenador me mantenga despierto hasta la mañana.

La segunda hora la paso navegando, recorriendo de nuevo internet en busca de pistas sobre Daniel. Tecleo «Peter Hujar's friends» en la barra. Miro las imágenes de desconocidos que para algunos se convirtieron en célebres artistas. En la página de agradecimientos de *Close to the Knives*, tomo nota de otros nombres aparte del de Jean Foos, los busco en Instagram y Facebook. Envío mensajes, explico mis motivos, mi deseo de hablar con él o de escribirle si sigue vivo. Digo no entender esta ausencia de rastro, que no se sepa absolutamente nada de él.

Antes de marcharse de viaje, mi compi de piso ha cortado el césped del jardín. Los brotes pican, hacen cosquillas en la planta de mis pies. Me quito los vaqueros y me meto en la piscina prefabricada que él ha instalado. Me pongo a flotar de espaldas y miro al cielo, los edificios que hacen sombra, los balcones, la gente a la hora del aperitivo, la colada secándose en los tendederos. Con los oídos dentro del agua, el sonido se corta, me desconecto, solo miro hacia arriba, me digo que estoy demasiado acostumbrado a mirar hacia abajo, a mis pies cuando camino, en lugar de concentrarme en el horizonte.

Al abrir Instagram, descubro varias respuestas. Dos amigos de David Wojnarowicz frecuentaban también a Peter Hujar, pero solo conocían a Daniel por sus fotos. Si Daniel apareció un día en su vida o fue mencionado durante una conversación con Peter, es algo que no recuerdan. Ese chico no formaba parte de la pandilla. Como muchos de los que se cruzaron con Peter, lo más probable es que fuera alguien de paso. Un encuentro de un día, jamás repetido.

Cuando consulto los próximos estrenos de cine, adivino las películas que mi padre habría querido ver. Para el cine, siempre podías contar

con él. Era la única actividad que compartíamos con gusto. Cuando llegaba el fin de semana, elegíamos una película de antemano. Nuestras preferencias se decantaban a menudo por los largometrajes de acción: *Misión imposible*, *Anna*, *Fast and Furious*, *Alien*, *Batman*, *Mad Max*, y todos los de Bruce Willis, Liam Neeson o Keanu Reeves. Veíamos todas las películas que nos permitieran poner el cerebro en blanco. Al final debatíamos y solíamos estar de acuerdo. Si a uno le había encantado, al otro igual. También nos decíamos: Este tipo de película nunca más, ya está bien de pagar para ver semejantes bodrios. Pero luego volvíamos porque durante nuestras salidas al cine lográbamos comunicarnos de verdad. Llegábamos incluso a confesarnos cosas más profundas. Sobre nuestras inquietudes, su trabajo, mis estudios. Nunca me habría hartado de eso. Quedaron algunas películas que nos habría gustado ver juntos antes de que él dejase de poder hacerlo.

Cuando le abro la puerta, parece más alto de lo indicado en su perfil. Me siento obligado a levantar la barbilla en lugar de bajar los ojos. Se quita las Ray-Ban, me saluda y avanza unos pasos hacia el salón. El gato da vueltas a su alrededor, ronronea contra sus piernas. Lleva un short beige con las siglas de Ralph Lauren y un polo azul sin logo a la vista. Lo llevo a la cocina y le ofrezco una cerveza. Fuera hace bueno, la piscina está caliente. Propone que nos bañemos. Dejamos las botellas en el borde de la escalera y entramos desnudos en el agua. Me apalanco a cierta distancia y lo escucho hablar, del tiempo, de la vida, de sus próximas vacaciones. Está impaciente. Es médico de urgencias; entre la pandemia y todo lo demás, ha dejado de contar las horas de trabajo.

Me dice necesito calor de verdad, me voy una semana al sur, a España, alquilar una casa con piscina y vistas al mar. Puede que vengan algunos amigos. Barbacoas por la tarde. Paseos por la costa durante la puesta de sol. Enumera todo lo que piensa hacer. Y también piensa comprar aquí, en la zona residencial. Piso con balcón. Busca y hace visitas. Ha hecho incluso una oferta por uno de tres habitaciones que ha sido rechazada esta misma tarde. El piso

era caro, demasiado para él. Lo sabía. Para el trabajo que hace, tiene la impresión de ganar poco de momento. Unos cuarenta mil al año. Es joven, el sueldo aumentará con los años y puede esperar el doble dentro de diez. Comprar barato y vender por mucho más. Coge otra vez su cerveza. La apura en dos o tres tragos.

Empiezo a tener frío en el agua. Salimos de la piscina y entramos en casa. Me siento agredido por sus besos. Calmo su cuerpo en vano, le confieso mi necesidad de lentitud, de tiempo para conocernos mejor. Él no me escucha, quiere ver la habitación. Terminamos tumbados en la cama, él encima de mí, yo debajo de él. Me quedo inerte, dejo que mis miembros, sobados y maltratados, descansen bajo su peso. Espero a que termine.

La habitación es espaciosa, así que puedo guardar los muebles. Digo que estoy de acuerdo en comprarlo todo. Los tres compañeros de piso son hospitalarios, parecen interesados. Vamos al salón y me ofrecen una cerveza. Entre veinticinco y treinta años, son todos «activos», ecologistas, tranquilos. Consumen productos biológicos y tienen su propio compost en el balcón de la cocina. El propietario no es exigente, pero a ellos les gustaría alguien con el mismo *mood* y también «activo». Es más práctico, «igualdad en todo, cuestión de equilibrio». Miento un poco. Hago que parezca que sigo estudiando y preparo las oposiciones para profesor de secundaria. Añado que tengo un curro para los fines de semana y doy clases particulares de inglés. «Sí, el certificado de aptitud profesional, tengo un buen presentimiento, muy bueno incluso. Las letras y las lenguas son mi pasión, la pedagogía me interesa mucho. Me gusta transmitir, aprender del otro, y no, no fumo. Sí, soy tranquilo por la noche, nunca monto fiestones, o solo el fin de semana, en bares». Cuando miento, aunque sea un poco, se me nota. Cuando salgo de su casa, tengo claro que no me volverán a llamar.

Antes del relevo, paso la aspiradora en el vestíbulo y limpio la protección de plexiglás en el mostrador. Hasta aquí, todo es sencillo. Buenos días, sonrisa, adiós, gracias. Por contrato, gano diez euros

con quince la hora, empiezo a las once de la noche y termino a las siete de la mañana. Susana llega a las seis y media, me da los buenos días y baja a la cocina a encender el horno. Cuando vuelve con dos tazas de café, se queja de su dolor de cabeza, quiere saber cómo lo llevo estas primeras noches, y luego me habla de canguros y niñeras. Me dice que es complicado conseguir que alguien se quede con su hija tan temprano.

En el hotel, el Night de entre semana ya ha tenido dos crisis cardiacas. Hace cinco años que trabaja de noche. Y de noche el cuerpo se ralentiza, el cuerpo se repliega, incluso despierto el cuerpo entra en modo de espera. Respeta su reloj biológico, para eso está hecho. Es hacia las cuatro cuando uno se esfuerza por mantener la cabeza recta y las sienes laten a un ritmo regular. Fue hacia esa hora cuando sintió que su corazón se debilitaba.

Mi madre me manda un correo electrónico con un enlace a un vídeo. No se atrevía a enseñárnoslo a mi hermana y a mí antes de que yo me fuera. Cuando lo recibió, mi padre todavía vivía. Preparó un discurso de despedida para nosotros, para la gente que lo quería. Quería dejar huella. En el vídeo, sale sentado en el sofá del salón y es su amigo Olivier quien está grabando, reconozco su voz cuando le hace la primera pregunta. Mi padre cuenta las grandes etapas de su vida. Sus amigos, sus amores, sus hijos, pero también su adolescencia, su vida en familia con sus padres y sus cuatro hermanos. Primero fue la búsqueda del camino profesional, la búsqueda del camino vital. Y luego dice que construir una familia ocupó gran parte de su energía. Estos últimos diez años han sido más reflexivos. Cuando pasas de los cincuenta, miras atrás y haces balance. Te miras las heridas. De haber sido un animal, habría elegido el delfín, o una especie capaz de vivir en comunidad con gran refinamiento. Intenta concebir el final de su vida con la mayor serenidad posible, aunque no sin angustia. Hace referencia a la película *Las invasiones bárbaras*, la parte central de la trilogía dirigida por Denys Arcand, entre *El declive del imperio americano* y

La edad de las tinieblas. Varias parejas tienen historias de amistad conjunta, vidas dichosas, ilustradas. Luego, años más tarde, uno de ellos padece una enfermedad grave y escoge la eutanasia. Sus amigos contratan a una persona encargada de ayudarlo a pasar los momentos de sufrimiento y muere de sobredosis. A mi padre le parece que es importante marcharse como uno desea, cuando ya no tienes elección. Estando enfermo, aprendió el aquí y ahora. Su trabajo consistía en proyectar sin cesar y en organizar el futuro. El presente tenía poco espacio. Por eso le gustaría decirnos a todos que comprender que lo esencial ocurre hoy es una hermosa lección de vida. Aunque desearía vivir más tiempo, tiene esa posibilidad de hacer lo que le gusta, caminar, ver a los amigos, degustar unos buenos vinos. Lo que es difícil en el hecho de desaparecer es que no volvamos a vernos. Pero piensa que después de la muerte algo de él pervivirá para siempre. Para concluir, añade que le gusta mucho esta frase que dice la gente, y con cuánta razón: «Los primeros en marcharse siempre son los mejores».

Tengo la intuición de que aún buscaré durante mucho tiempo la manera de saber estar sin mi padre, de componérmelas con mis pensamientos. Aunque no fuéramos muy cercanos, eso no me impide tener la impresión de haber perdido una parte de mí. Es una sensación bastante loca de describir, como una amputación, un dolor fantasma, que imagino. Mi madre me llama más a menudo que antes. Le digo que todo va bien, que podemos llamarnos cuando ella tenga ganas. Sé que no es verdad, pero es mejor fingir que sí.

El artista Ira Silverberg, un amigo de David Wojnarowicz con el que también he contactado, comprende mi necesidad de saber quién era Daniel. Le parece hermoso que una persona venida de lejos se interese por su historia cuarenta años más tarde. Piensa, como yo, que la ausencia de escritos sobre su persona añade un halo de misterio a la búsqueda. Lo encuentre o no, lo importante es el proceso en sí mismo, con toda la conexión que se crea al imaginar a

nuestros desaparecidos, la empatía que siento al observar las fotos de Daniel y los escenarios que invento más allá de ellas.

Por fin se sienta, se quita los zapatos de tacón y se calza las bailarinas que siempre lleva en una tote bag. Cuando se dispone a marcharse, me informa de que dos mujeres ocupan la 301 desde ayer. A lo largo del día, hay hombres que piden verlas. Suben y vuelven a bajar al cabo de una hora, casi por turnos. Me aconseja que esté atento para que no haya líos, que deje constancia en el cuaderno de enlace de cualquier comportamiento sospechoso o inapropiado.

El principio de la noche es tranquilo, con muy poco trajín. Abro una página de internet y pongo una película de reestreno en Arte. Hacia la mitad, pulso el botón de pausa y bajo a la cocina para hacerme un café. Cuando vuelvo, veo a un joven en el mostrador de recepción. Gorra, chándal, deportivas, apenas veinte años y guapo de verdad. Ha quedado con unas chicas en la habitación 301, pero no sabe qué piso es. Su teléfono está muerto, no puede avisarlas de que ha llegado. Como es evidente, es mi deber llamarlas y, por primera vez, mi papel de emisario me parece insólito.

En Giton, un hombre que me pide que le envíe ropa interior manchada y usada se pregunta cómo proceder al pago.

¿PayPal? ¿Cheque?

He dejado de beber todos los días, pero pienso en la bebida cada vez más, cuando no todo el tiempo. Pienso en la próxima salida, en el próximo encuentro, porque ya no imagino otro sin ir acompañado de una copa, sea cual sea el alcohol. Llegado a una cierta fase, lo acepto todo. Y pienso en el deslizamiento. En la costumbre adquirida de tomarme una copa por la tarde. En cuanto al tabaco, me doy cuenta de que no es la primera vez que abro un paquete nuevo, me llevo un cigarrillo a los labios, lo saboreo sin fumármelo realmente, consumo uno o dos más con algunos chicos en una terraza más

tarde, y luego, al volver a casa, tiro el resto del paquete en la primera papelera que encuentro, sin que me pesen los diez euros que acabo de gastarme. Pero con el alcohol no hago eso. Nunca vacío una mala botella en la pila. Aunque esté caliente, siempre me termino la lata de cerveza que he empezado.

Preparo mis cosas, short, camiseta de tirantes, gel de ducha y toalla. Me calzo las New Balance azul, blanco y verde que, por lo general, no me pongo. Cojo las llaves y visualizo el trayecto para ir al gimnasio, el metro en pleno calor, el sudor. La duda de posponer la sesión a más tarde va calando. El cansancio es una razón que se justifica por sí misma, el miedo a hacerme daño, a una manipulación incorrecta, a no adoptar el movimiento adecuado, a lastimarme y no poder volver durante un mes. Ir o sentarme otra vez en el sofá, con un vaso de limonada.

En la farmacia, comparo las distintas hierbas, las grageas a base de plantas, de manzanilla y de melisa. Saco mi teléfono y tecleo en la barra de búsqueda «somnífero natural». La melatonina aparece entre los primeros resultados como la solución ideal, una hormona sintética y fabricada a propósito para mejorar el sueño. Por la noche, me trago la pastillita azul y me tumbo. Muy pronto, me fundo con mi colchón.

Sentados en una terraza, Thibaut me anuncia que ha roto con Louis. Han pasado juntos el confinamiento, pero, después de dos meses, no podían soportarse más. Paso a paso, Louis ha ido marcando cierta distancia. Follan cada vez menos y Thibaut ha terminado por ver a otros chicos. Aun así, siguen poniéndose al día por mensaje. Prevén incluso volver a verse pronto, para ir a la piscina o al cine. Cuando vuelvo a casa, se me pasa por la cabeza retomar el contacto con Louis, decepcionado porque él no me lo haya propuesto todavía. Entonces pienso en un corazón. Envío un corazón, un simple corazón.

— <3

He esperado una respuesta durante toda la tarde. Por la noche, me he quedado dormido sin activar el modo avión. Me parecía bien que me despertaran así, a la hora que fuera. A la mañana siguiente, sigo sin noticias. Ha pasado el día y se me ha olvidado. No estaba a la espera del mismo modo. Pero, llegada la noche, me he dicho que tenía que volver a intentarlo. Que un corazón es sin duda insuficiente para exigir una respuesta. Que no hay nada que responder cuando recibes un corazón.

—El corazón no era por error.

—Ah… En ese caso, mis disculpas por la no-respuesta, pensé que era uno de esos errores digitales que son un misterio. ¿Cómo estás? Voy a ver *Verano del 85* a las 18.50, creo, por si te apetece.

—Oh, ya la he visto.

—¿Está bien?

—Ve a verla y me dices lo que piensas. He quedado con unos amigos esta tarde.

—De acuerdo.

—Lo siento, pero no sabía cómo expresar de otra forma las ganas de volver a verte.

—¿Te gusta jugar a las cartas?

—¿Me propones una belote?

—Pensaba más bien en el Danish y el Kim, ¿los conoces? ¿Estás libre el miércoles o el jueves por la tarde?

—No, no los conozco, pero me apetece descubrirlos.

—¿El miércoles y nos apalancamos en un parque?

—*It sounds like a plan*.

Los mensajes se acumulan en Giton y hoy no respondo a ninguno. Encuentro algo de frescor bajo la higuera. Me instalo en una sombra de la terraza, con un libro y mi cuaderno para escribir. Hoy he decidido no angustiarme, no voy a pensar ni en el dinero ni en mi falta de proyectos.

En *Pura pasión* de Annie Ernaux, suelo releer este pasaje: «A partir del mes de septiembre del año pasado, no hice otra cosa que esperar a un hombre: que me llamara y que viniera a verme. Iba al supermercado, al cine…». Releo estas frases incansablemente, las asocio a una de esas entrevistas grabadas en las que comparte los primeros esbozos manuscritos de este libro con el periodista. Antes de su publicación, cada página tuvo varias versiones. La primera la escribió de un plumazo, y luego volvió a ella, tachó, anotó correcciones al margen. En el primer borrador, señala una frase reformulada y se la lee en voz alta al periodista: «Durante un año no escribí nada, a partir del mes de octubre no hice otra cosa que esperar… No hice otra cosa que esperar citas con un hombre… Esperar de un hombre que me llamara, o que viniera a verme». Traslado este fragmento a mi cuaderno, y en cierto modo lo hago mío: «Desde hace años, no he hecho otra cosa que esperar a un hombre, esperar que se manifestara».

—Hola, Louis, ¿sobre qué hora nos vemos?

—¿A las 16.30 en Compens? Detalle: estoy agobiado de calor, y es probable que tenga ganas de hacer una siesta. Si te pasa lo mismo, ¿puedo sugerir inocentemente que la hagamos en mi casa, a merced del ventilador?

—Vale, a favor de una siesta en tu casa.

—Muy bien: vivo en el 19 de la rue Bayard. Llámame por teléfono cuando estés abajo.

Louis y yo, acostados. Tiene el rabo largo, el prepucio un poco prieto. No lo chupo. No lo chupo, pero no sé muy bien por qué. Lo penetro. Lo penetro, pero solo unos minutos, su próstata está un poco tirante. Me corro, pero él no se corre. Siempre es lento en eyacular, muy lento. Le digo que me gusta su olor y él me hace un cumplido por la forma de mi rabo, dice que nunca había visto uno tan bonito. No tiene demasiada experiencia con los hombres, del primero no hace tanto tiempo. Antes estuvo con una chica. Creía amarla, pensaba que le funcionaría. Siempre se sintió atraído por los

chicos y tuvo algunas experiencias al final de la pubertad. Pensaba que podía ser bi. Pensaba que podía amar a una mujer, tener hijos con ella, entrar en vereda. Comprendió tarde que no era necesario ser padre para ser un hombre.

Con las ventanas abiertas y el ventilador en marcha, el aire circula. Louis encaja su mano detrás de mi cabeza y la mía corre libremente por su vientre, en pequeños círculos, en el sentido de las agujas del reloj. En la mesilla de noche, el tubo de lubricante está mal cerrado. El despertador indica que llevamos bastante tiempo tumbados. Pienso en las horas previas a esa impaciencia que sentía por volver a estar en contacto con su cuerpo. Mi ropa y la suya está desperdigada a los pies de la cama. Sobre la mesa del salón reposan dos vasos de zumo de frutas casi intactos. Mis zapatillas, rotas y descosidas por los lados, están tiradas por el parqué.

Al despertar, mi primer pensamiento es para Louis. Pienso en él mientras me tomo el café, o incluso en la ducha, con las palabras de los Bee Gees de fondo. Cuando cierro el grifo, encuentro mi reflejo en el espejo y me veo diferente, con cierta ligereza en mis rasgos. Mientras me seco, le doy vueltas a la manera de proponerle que volvamos a vernos. Me pregunto si es mejor esperar a que pase el día o ser directo, hacerlo con la mayor sencillez. Una vez tomada la decisión, cojo mi teléfono con la intención de escribirle y descubro un mensaje no leído. Su nombre aparece.

—¿No hace demasiado calor?

—¡Desde luego que sí!

—Volvería a hacerte el amor.

—¡Lo mismo digo!

—¿Nos vemos mañana? ¿A última hora de la tarde?

Es por la mañana y me preparo un café. Pegado a mí, el gato sigue maullando, ya se ha vuelto una costumbre. Lo dejo a su aire, ni siquiera intento apartarlo. Hoy no tengo nada previsto. Fuera, el tiempo parece el del final de una tormenta. La luz grisácea del cielo atraviesa el salón, el viento sopla, pero sigue el calor. Me acomodo

en el sofá y el gato se tumba en mi regazo. No lo ahuyento, me bebo el café lentamente mientras lo acaricio con la otra mano. El día comienza con una nota de aburrimiento, la mañana pasa despacio, y la tarde, sin prisas.

Escribo todo lo que recuerdo de Louis. Cada día, al despertarse, realiza una serie de flexiones en el salón y suda al final de la primera. Hace sus compras el sábado y le gusta cocinar mientras escucha viejos grupos de la década de 1990. A mediodía, evita comer porque le da miedo engordar. Engorda muy rápido, y eso suele deprimirle. Cuando dejó de hacer deporte, hace un año, engordó en cuestión de días. Los abdominales se veían un poco menos, perdió tono muscular. Ahora que se ha recuperado, evita cualquier exceso.

Recuerdo que colecciona camisas *vintage* con estampado hawaiano y se pasa el día rebuscando piezas únicas de segunda mano. También sé que vuelve a ver con regularidad las películas que marcaron su adolescencia. Le gustan mucho *Harry Potter*, *Matrix* o incluso *El señor de los anillos*. De comedia, le gustan las películas del trío Les Inconnus o *Papá Noel es un desastre*. No le gustan las películas de terror, no le gustan los thrillers de acción, las películas con personajes retorcidos o malvados, quiere que la historia sea original pero que al mismo tiempo le interese. Adora el cine de autor, pero no le gusta Isabelle Huppert.

Mis compañeros de piso vuelven a casa con maletas y suvenires, bronceados. Han pasado momentos increíbles haciendo acampada libre por ahí, han tomado más de mil fotos. Cuántos paisajes preciosos, cuántos encuentros fortuitos preciosos. Han echado de menos a Cirrosis y todo apunta a que ha sido recíproco. La gata avanza hacia ellos, emite algunos maullidos. Una vez deshechas las maletas, Adèle se sienta en el sofá con una cerveza. Voy junto a ella y hablamos un poco de todo. Le cuento mis noches en el hotel, y lo de Louis. Me dice que adelante, que vaya a por todas. Yo la escucho,

tentado de seguir su consejo mientras que mi instinto me pide a gritos que sea prudente.

Mi búsqueda de un nuevo alquiler no avanza. Envío mensajes a Leboncoin y a las agencias inmobiliarias. Pocos anuncios, mucha demanda. Ella lo siente mucho por mí, no me están echando, ni mucho menos, pero es cierto que les gustaría quedarse solos en algún momento, terminar las obras, proyectarse como una pareja de verdad.

Louis me abre la puerta en shorts y camisa. Lo acompaño a la cocina y saco los tomates cherry del frigorífico. Él coge las copas de vino y las deja en la mesa del balcón. Esta noche, se excusa, prefiere que no me quede a dormir, finalmente. No hace tanto tiempo de lo suyo con Thibaut y todavía no se ha hecho a la idea de que otro chico ocupe su cama. Mientras va de acá para allá, no puedo dejar de admirar la ciudad y sus tejados. Por fin aparece y se sienta de cara al sol, a la hora en que se esconde un poco; sigue ahí, pero menos alto en el cielo. Descorcha el vino rosado que he traído. Cuando brindamos, me dice que es en sus ojos donde tengo que mirar. Luego se lía un cigarrillo, se levanta y escudriña la calle desde la barandilla. Voy junto a él y me quedo a su lado. Al principio me rodea la cintura con el brazo, luego mete la mano en mi bolsillo trasero. Me mira y me besa, se termina el cigarrillo hasta la pava, hasta quemarse los dedos.

En el transcurso de la velada, me entero de que Louis pasó varias noches en casa de Thibaut antes del confinamiento, viendo películas o haciendo crucigramas. No puedo evitar tantearle a propósito de la foto de Daniel encima de la cama, si le ha llamado la atención, qué le ha parecido. Le extraña que le saque el tema, porque ambos tuvieron una larga conversación en torno a esa foto, a lo que evoca para Thibaut. El amante que busca.

En cuanto a Louis, no sabe. Hay algo que lo incomoda cuando la mira. Conociendo el período en que fue tomada, no puede evitar ver en ella las primicias de los años del sida, la despreocupación total y los excesos a los cuales los hombres solían someter su cuerpo. Para

él, es un hombre ya muerto. No cabe la menor duda. Es certero. El dedo del pie en la boca, el aire coqueto, evoca un gusto pronunciado por el fetichismo, una fuerte apetencia por las prácticas de riesgo. No todo el mundo adoptaría una postura así por el solo deseo de un fotógrafo. Él, Daniel, tiene ganas, y eso se ve en sus ojos.

En la calle, me pongo la mascarilla amarilla y blanca que mi hermana me cosió durante nuestros meses de confinamiento. Cuando salgo me pongo gel en las manos. Cuando vuelvo me las lavo, pero cuando beso bajo la guardia. Cuando beso a Louis, ni lo pienso. En los telediarios hablan de una vacuna que permitiría acabar con todo esto. Pronto disponible.

En el metro, escucho a dos mujeres hablar de la pandemia. Una le dice a la otra que este período ahora forma parte de la historia, que los libros de texto dedicarán páginas enteras a estos últimos meses. La segunda asiente. Ella, por su parte, ha tenido tiempo de hacer un balance de su vida, de volver a centrarse en las cosas esenciales, en lo que la motiva. Pero, eso sí, le recuerda que durante las primeras semanas de confinamiento temió seriamente por su salud mental, y también por la de su marido. Desde que han vuelto a salir, se han apuntado los dos a un gimnasio, una actividad perfecta para el mantenimiento del cuerpo y de la mente. Les hace mucho bien. La otra mujer está de acuerdo, y le cuenta que ya hace un tiempo que consume menos carne. No tiene nada que ver, pero ella también ha vuelto a leer *La peste* de Camus, como todo el mundo en estos últimos tiempos, y eso la ha deprimido. En fin, en cuestiones de depresión, cosas peores se han visto. Su vecina Corinne no ha vuelto a salir de casa desde abril y no acepta visitas, hasta el punto de que se siente en la obligación de hacerle algunas compras y se las deja en el rellano. Corinne tiene hijos en la otra punta de Francia; el chico habría perdido su empleo por culpa de la crisis económica. A veces oye llorar a Corinne. Las dos mujeres se quedan calladas.

En un documento Word, escribo el recuerdo de mi primer ligue. Había algo raro en él. Lo más fuerte era su olor, creo. Nos cruzamos,

y me aparté un poco. Di unos pasos a un lado y me volví para observar su rostro, ligeramente inclinado en el prolongamiento del pasillo, la mirada absorta. Debía de pensar en todo menos en mí. Tuve la impresión de que nunca había reparado en él antes. No íbamos a la misma clase, de hecho yo no sabía quién era. A partir de entonces, supe que solo me importarían los chicos. Pensaba en él y en su olor. Deseaba sentirlo de nuevo y conservarlo para siempre.

En la cama, Louis recorre mi rostro, al principio se demora en mis ojos, pero hace la vuelta completa, como un bucle, prestando una atención particular a mi boca, después frunce las cejas y se queda quieto. Tengo un pelo un poco largo en la mejilla, pero Louis no tiene pinzas de depilar. Aun así, intenta arrancármelo con los dedos. También observa que tengo una pelusa sobre el labio que no ha terminado de crecer.

El despertador suena a las 6.45. Louis lo apaga, me da un beso en el hombro y se levanta. En la cocina, el hervidor silba; él siempre espera hasta que suena. Le gusta que esté muy caliente. Con la taza lista, bebe un sorbo entre dos series de flexiones y de tracciones. Oigo su respiración desde el dormitorio. La tele está encendida e imagino que se ha puesto Twitch. A continuación, se dirige al cuarto de baño y se mete en la ducha. Cierra el grifo y alcanza el albornoz blanco, con el que se seca. Vuelve al dormitorio, saca de la cómoda unos vaqueros y una camiseta. Se inclina sobre mí y me susurra que me levante. Vuelve a la cocina para prepararme un café. Es del soluble, solo tiene eso, es para los invitados. Me levanto y me visto, encuentro mis calcetines hechos un ovillo en mis Superga. Me tomo el café en el sofá, con él al lado, sentado a la turca y con la mano apoyada en mi muslo. Entre nosotros solo se oye el ruido de la tele. Louis ha buscado un trabajillo de verano, una sustitución de tres semanas, que se terminará pronto. Se marcha dentro de cinco minutos. Le gustaría tener más tiempo esta mañana. Coge su chaqueta, mete sus cosas en su bolsa, apaga la pantalla y se calza. Yo hago lo mismo. Abre la puerta y me invita a salir, comprueba que

la luz del cuarto de baño está apagada. Miro mi teléfono, son las 7.43.

Cuando ya no lo esperaba, recibo un correo de la ayudante del comisario de exposiciones Joel Smith. Se presenta, me escribe que le ha llegado el rumor de mi interés por Daniel Schook a través de un tercero y desea pasarme la información que tiene sobre él. Finalmente, su apellido no sería Schook, sino Schock. Las razones de este cambio de ortografía no son muy claras. Varios negativos de fotografías inéditas, también tomadas por Peter Hujar, lo muestran vestido y sentado sobre una maleta de cartón en la cual aparece en mayúsculas «DAN SCHOCK, the mime dancer». Como documento adjunto, la copia de un contrato de renuncia a sus derechos de imagen, fechado el 7 de abril de 1981 y firmado por él, autoriza a Peter Hujar a difundir sus fotografías con fines editoriales y promocionales.

La ayudante ha adjuntado también un vínculo a un artículo del *New York Times* redactado por la periodista Maureen Dowd. En él se refuerza el concepto del hotel Chelsea en 1983, un lugar donde residían varios artistas, y unas pocas líneas mencionan a un tal Dan Schock, cantante de country, payaso y mimo. Desgraciadamente, no tienen nada más. Según Joel Smith, es difícil determinar qué ha sido de Daniel Schock. Al igual que yo, todas las entrevistas que realizó a los amigos de Peter Hujar lo llevaron a concluir que no los había frecuentado.

Después de unos minutos de bucear por internet tecleando el nombre «Schock» en lugar de «Schook», descubro que existe un artículo sobre él y su actividad de mimo en uno de los números de la revista *The Advocate*, publicado en septiembre de 1981, solo unos meses después de que se tomaran sus fotos con Peter Hujar. El ejemplar, que parece un poco desgastado, está a la venta en un sitio de libros de ocasión estadounidense. Treinta dólares por gastos de envío. Le mando un mensaje al vendedor para preguntarle si es posible que me fotocopie sin cobrar las dos únicas páginas que me interesan, agradeciéndoselo de antemano.

Sin noticias de Louis, mi teléfono nunca anda lejos. Por suerte, mis compañeros de piso no están, no pueden verme dar vueltas en círculo por la casa, sin conseguir pararme en un rincón para calmar mis pensamientos. Lo que siento es amor, de eso estoy seguro, no me equivoco. Lo sé. Me gusta cuando me besa, cuando nos tocamos. Lo amo, y punto. Pero Louis no puede haber llegado ya al mismo punto. Es más, seguro que a la larga no le apetece que sigamos viéndonos como ahora. Tendré que preguntárselo, tendré que decírselo. Dudo un poco, pero por fin encuentro el valor para escribirle.

—¿Estás libre el jueves?

—Al final me voy una semana a Drôme con un amigo. Nos escribimos a la vuelta, si te parece.

—Sí, claro.

Esta mañana he recibido en Facebook un mensaje de un chico al que quise y no he vuelto a ver desde hace tres años. El mensaje no contiene ninguna promesa, solo quiere saber cómo me va. Sin embargo, me noto algo en el estómago. Me siento en el salón para escribirle, pero directamente en mi Mac esta vez. Lo que pude vivir con él vale más que unas tachaduras en un cuaderno manchado. Recuerdo haber tenido la sensación de no estar a su altura. Él era brillante y estaba orgulloso de su estatus de estudiante de Medicina. No cabía ninguna duda: llegaría a ser alguien, ese famoso llegar a ser alguien. Amaba la vida, el mundo, y cantidad de chicos sucumbían a sus encantos, yo lo sabía. Yo pensaba que había hecho todo lo posible por llegarle a la suela de los zapatos y no perderlo en el abismo de sus encuentros, que se repetían en exceso antes de engancharnos. Desengancharse llevó su tiempo, como aceptar que, en la escala social, yo siempre estaría por debajo de él.

La primera vez que quedamos en un bar, sus aires de grandeza me desagradaron bastante. Sin embargo, más tarde hicimos el amor. Me veo otra vez descubriendo la larga cicatriz en los huecos de su torso, sus ojos sin gafas. Por la mañana, me fui pensando que se había acabado. Dos o tres días más tarde, me llamó para que

volviéramos a vernos. Yo le gustaba, y esta segunda vez él me gustó de golpe. El sentimiento amoroso vino de su mirada, de su voz con un timbre grave. Supe enseguida que lo amaba. Un mes sin decírselo, un mes ocultándolo. Pero una tarde, me sentía bien. Lo pensaba. Te quiero, lo pensaba. No podía más. Él me oyó y no dijo nada. Lloré, pero él pensó que estaba cansado. Que llegados a ese punto de la relación nada tenía sentido, y eso que al menos tres veces a la semana no nos despegábamos el uno del otro. Tres noches a la semana se convirtieron en dos, y luego en una sola y de tanto en tanto. Me dejó de buenas a primeras, y me hundí. De tristeza, de pena, me hundí. Pensaba en él todo el tiempo, y alguna vez, después de haber bebido, llamaba a su puerta por la noche. Él respondía a veces, sorprendido, pero las más de las veces no lo hacía.

Hablamos en Grindr desde hace un tiempo. Se llama Victor, tiene treinta años, los labios carnosos y la piel morena. Trabaja para un banco, pero no es banquero. Esta noche, me invita a cenar en su casa. Le propongo llevar una botella de tinto, zanahorias y hummus para acompañar.

En su apartamento hace fresco. Los postigos están echados. La habitación, la sala de estar y la cocina están separadas. En la periferia sur, los pisos fueron asequibles durante un buen tiempo. Él se compró el suyo por ciento diez mil en 2016. En el futuro, podría revenderlo por mucho más. A causa de los precios desorbitados, la obsesión del momento: la plusvalía. Durante cinco años estuvo en pareja con el director financiero de una empresa importante, pero eso de la pareja se ha acabado. Ya no tiene ataduras, le gusta darse un capricho y, en cuanto puede, irse de viaje. Ve a pocos tíos, pero desde hace unas semanas queda con un estudiante llamado Louis. Se llevan bien y se ven con regularidad, sin presiones. Tiene previsto reunirse con él en Drôme dentro de unos días. Ahora que lo piensa, dice que parece un plan de pareja. Sería una lástima caer otra vez en las mismas y enamorarse, eso iría en contra de sus nuevos principios.

Tengo ganas de enviarle un mensaje a Louis, pero no me decido. Dudo por la mañana al despertarme, y luego cambio de opinión. En vez de enviárselo, hago algunas flexiones al pie de la cama. Por la tarde, intento mantener la cabeza ocupada en otra cosa. Hago cuentas. No estoy tan mal para lo que va de mes. Decido gastarme una parte en ropa. Hago algunos pedidos en internet; encuentro códigos promocionales aquí y allá. Luego me apresuro a buscar otra cosa que hacer, pero cuando llega la tarde no aguanto más. Estallo.

—Hola, Louis, ¿cómo van las vacaciones?

—Muy bien, llegué a Drôme anteayer. Y tú, ¿qué tal llevas el mes de agosto? Me parece que has conocido a un tal Victor, ¿no?

—Sí, me molestó un poco enterarme de que os veis. Me sorprende que las noticias corran tan rápido.

—De hecho, es puro azar: Victor está conmigo ahora y me ha dicho que os habéis conocido. Entonces le he contado que habíamos hecho el amor, prefiero que todo esté claro. Y no tienes por qué estar molesto. Estamos en fase de acercamiento a una relación abierta. Es un poco desconcertante que el círculo homosexual sea tan pequeño.

—En el fondo sí que estoy algo decepcionado, esperaba que estuvieras disponible, sobre todo después de separarte de Thibaut.

—En este momento estar conmigo no es un regalo, ando perdido, no sé lo que busco.

—Es solo que tenía ganas de conocerte más, no solo como un simple amante.

—Yo también valoro nuestros momentos juntos. Pero ahora mismo no consigo comprometerme, la verdad es que todavía estoy en pleno duelo por una antigua relación que me marcó mucho. Así que, por ahora, evito al máximo los compromisos. No quiero hacerle daño a nadie.

IV

Es moreno de ojos negros, mediana estatura, realmente muy guapo. Lleva al hombro una chaqueta oscura de pana, de la marca Carhartt. Está de paso en casa de sus padres, estudia un doctorado en Derecho en Burdeos. Cuando le digo que tengo una licenciatura en Inglés, me cuenta un intercambio escolar en Cardiff. Me habla de la familia que lo acogió y del amigo por correspondencia tartamudo que le asignó el colegio. Era un coñazo que tartamudease. ¿Cómo podía practicar el idioma con él? No paraba de tartamudear, era una lata. La comida tampoco estaba buena, se aburría. Un recuerdo muy malo.

Nos hemos sentado en la hierba del Jardin des Plantes. Nos hemos sentado aquí porque él prefiere hablar primero. Es mejor tomarse su tiempo, conocerse un poco antes, conversar. Intercambiar unas palabras, al menos. No hay nadie en su vida, salvo un ex con el que se acuesta de vez en cuando en Burdeos, pero aparte de eso, nada. No liga. No sabe cómo hacerlo. Es la primera vez que se descarga una aplicación para chicos. Tiene unos cuantos perjuicios sobre el tema, pero debía intentarlo. Habíamos acordado reservar una habitación de hotel si nos gustábamos. Puntualiza que está dispuesto a pagar. Que el dinero no es problema.

El cuarto de baño parece una cabina de plástico empotrada en la pared, la puerta se abre como un acordeón, como un biombo. Él deja su bolsa y su chaqueta en la cama, se quita las zapatillas, los calcetines, y el resto de abajo arriba. Se mete en la ducha sin correr la cortina, me invita a entrar. Nos tocamos, nos besamos. Como a los otros, le parece que tengo un rabo bonito. Lo coge. Cerramos el grifo, y nos secamos. Pasamos a la cama. Lo miro a los ojos, le digo que es guapo y me da las gracias. Después le confieso que estaba convencido de no gustarle, antes, por la tarde, y no se esfuerza en

desmentirlo. Entonces le pregunto por qué estamos aquí, desnudos en una cama, si no le gusto. Tengo unos ojos bonitos y un rabo bonito, eso le basta. Estamos pasando un buen rato, eso es todo.

Me entero de que varias escenas de películas, entre ellas *León* y *Nueve semanas y media*, se rodaron en el hotel Chelsea. Se ven cajas de escaleras que no terminan nunca, barandillas de hierro forjado. Puertas giratorias. Al visionar en YouTube un documental de 1981 sobre el hotel, ignoro si Daniel vivía ya ahí, pero lo busco entre las siluetas y los residentes entrevistados. Analizo cada plano, pongo el vídeo en pausa en cuanto tengo una duda, solo para estar seguro. Escucho las voces, lo que dicen. Cuando la cámara se centra en un artista y su nombre aparece al pie de la imagen, me tomo un minuto para buscarlo en Facebook e Instagram. Algunos murieron poco después del rodaje, como el cantante homosexual Jobriath, fallecido en 1983. A lo largo de todo el documental se entrevén estancias, el interior de habitaciones espaciosas que parecen auténticas suites. Tribunas, acristalamientos. Mobiliario rescatado o donado, con frecuencia muy desgastado. Colchones sobre el suelo. Universos depurados, o por el contrario recargados, a menudo en desorden.

Me imagino a Daniel subiendo y bajando por las escaleras donde Natalie Portman dejaba sus piernas suspendidas en el vacío, ensayando para sus números de mimo en algún rincón del vestíbulo o en una sala dedicada a los espectáculos, a las actuaciones, o hasta en la calle. Me figuro mentalmente su espacio vital, la posible disposición de su dormitorio, grande o pequeño, la vista que tenía desde la ventana, lo que le gustaba hacer allí, como si, para crear, hubiera pasado tiempo dentro de un capullo. Y luego su cama, el emplazamiento escogido, desde la luz del amanecer en su rostro hasta la posición en que prefería dormir.

Thibaut ha venido a tomar un café antes de la salida de su tren. Se ha alegrado de que lo llamara, porque me ha echado de menos. También me ha dicho que se ha enterado de lo mío con Louis. A Louis no le gusta mentir, y cuando volvieron a verse se lo contó. Le

he preguntado si estaba resentido conmigo y luego hemos hablado de otras cosas, de sus proyectos. A la hora de marcharnos, le he propuesto acompañarlo a la estación. Ha declinado la oferta y me ha dado un beso. No sabía exactamente la fecha de su vuelta, pensaba regresar al cabo de una semana o unos días. Estaría bien verse enseguida a su vuelta, cree que valdría la pena intentarlo de nuevo, ver si la cosa funciona entre nosotros.

El vendedor del número de *The Advocate* se excusa por su tardanza en responder y me comunica que últimamente tiene problemas con su fotocopiadora, pero que está encantado de enviarme fotos del artículo si eso me parece suficiente. Abro entonces los cinco ficheros adjuntos en su correo electrónico, con el corazón acelerado. El artículo redactado por Jim Fragale se titula «Mime With A Mission». Lo ilustra un retrato de Daniel maquillado y llevando sobre su hombro derecho una marioneta con forma de perro que, imagino, ha confeccionado él mismo. Daniel lleva una gorra irlandesa con motas grises y blancas. Su rostro está cubierto por una capa de base de maquillaje pálido y trazos negros y rojos al nivel de los ojos, la nariz y los labios. La otra foto incluida en el artículo lo muestra en posición estática en una calle de Nueva York, vestido con un abrigo largo beis con desgarrones y un peto de rayas con motivos estrellados. Me quedo mirando esta foto un buen rato y luego vuelvo a fijarme en la otra, retrasando unos segundos la lectura.

Me cruzo con Louis en la puerta de su panadería de barrio, donde está haciendo cola. Me ve. Le hago un gesto rápido con la mano mientras sigo mi camino. Luego, otra vez en el bar, al final de la tarde. Está ahí, sentado fuera con una amiga. Me ve y nos saludamos. Entro a pedir algo de beber, espero unos minutos y vuelvo a salir. Enciendo un pitillo con los últimos rayos de sol en los ojos. Louis lleva sus gafas redondas a lo John Lennon, que suelen estar en el mueble del vestíbulo de su casa. No lo miro. Al final, me quedo solo el tiempo que tardo en fumarme el pitillo. Apuro mi vaso

y me marcho en la dirección opuesta, como si me esperasen en algún sitio.

Mi madre me envía un correo que proviene de un amor de juventud de mi padre, con un documento adjunto. Ella es quebequesa. Se conocieron cuando él residía en Montreal por trabajo y siguieron manteniendo el contacto. Cuando ella se enteró de su muerte, se entristeció un poco. Sintió la necesidad de encontrar una manera de rendirle homenaje y deseaba contárnoslo. Cuando abro el PDF, encuentro una carta breve, con una foto de él debajo, seguramente en la veintena. Foto color sepia, muy bonita, con el mar de fondo. Lleva una camisa blanca y parece feliz. Se diría que hace viento. La mujer quiere contarnos algo gracioso que va dirigido a él. Piensa que, risueño como era, seguro que le divertirá. Piensa en el muy a menudo, y más en concreto cada vez que corta una cebolla. Porque, cuando lo conoció, él acababa de terminar una formación de cocinero. Le enseñó a colocar la mano para cortar una cebolla rápidamente sin arriesgar los dedos. Por eso le agradece de todo corazón haber velado por ella y sus dedos desde hace tantos años, y para el resto de su vida. Cocinar es un placer que la lleva de vuelta a él en el pensamiento.

Como lo separaron de su madre cuando tenía cinco años, Daniel conserva muy pocos recuerdos de ella. Creció en un pisito de Los Ángeles. Su cuarto era pequeño. Las juntas de las ventanas se despegaban y él tiritaba de frío en invierno. La manta de lana rasposa que hacía las veces de edredón no bastaba para frenar sus temblores, y en esos momentos le venían de nuevo los recuerdos de su madre. Volvía a verse arrancado de ella por las manos de unas autoridades desconocidas, sin comprender la razón. En su nuevo cuarto, pasaba el rato inventándose un mundo que trascendía aquellas cuatro paredes. La persona que lo crio estaba sola: un hombre alcohólico que todos los meses recibía un cheque para ocuparse de él hasta que cumplió dieciocho años.

El último año en la facultad, empecé a ver a una psicóloga que me confirmó lo que yo ya sabía. Hablaba de mi trastorno mental y de lo que me pasaba. Si me asustaba, ella me calmaba, hacía gestos suaves con las manos. Yo me ponía en lo peor. Ella me decía que todo iba bien, que yo estaba bien. Eso terminaba por tranquilizarme. Lo que le había llamado la atención de mi discurso era que yo hablaba de mi padre como si esperase que desapareciera. Como es natural, la idea de perderlo me entristecía, yo lo quería. Era evidente. Salvo que una parte de mí también se sentía aliviada ante la idea de la desaparición de la mirada paterna. Imaginar que él no pudiera presenciar mi evolución me liberaba de un peso. Me preguntó si yo pensaba que aún me quedaban cosas por decirle. Cosas esenciales, como para cerrar un capítulo juntos. Si las palabras eran demasiado complicadas como para formularlas oralmente, también podía escribirlas. Tuve que responder que yo no escribía, que por escrito me parecía peor. Hoy me pongo a ello, lo compenso, y empiezo por escribir simplemente «Papá:».

En 1981, Daniel vivía de su pasión y actuaba en las calles de Nueva York, en lugares turísticos concretos. Ganaba entre sesenta y cien dólares al día. Por fuerza, los vecinos de los barrios se quedaban con él, y el boca a boca le brindó oportunidades laborales que jamás habría esperado, como números en solitario, o acompañado de otros artistas, en espectáculos televisivos: *The Gong Show* en 1976, o la actuación de Jerry Lewis para el telemaratón en Alaska, en 1977. Entre 1978 y 1981, llegó incluso a trabajar para el Playboy Club de Chicago. Sin embargo, nunca recibió un verdadero entrenamiento, ni fue a la escuela de circo. Durante todo ese tiempo, solo se habría dedicado a memorizar los movimientos de los payasos y los mimos que se cruzaron en su camino.

Durante sus viajes de una punta a otra del país, Daniel albergaba la ciega esperanza de encontrar un día a sus padres a la vuelta de una esquina, de leer en un anuncio de periódico que dos personas cariñosas llevaban varios años buscándolo y estaban preparados para cumplir el papel del que hubieron de desviarse al hacerlo pupilo

del Estado. Si permanecía demasiado tiempo en una ciudad, sentía que su mayor sueño se transformaba en polvo. Tenía la impresión de borrar una parte de su identidad, y eso se le hacía insoportable. Necesitaba seguir moviéndose y recorrer todas las ciudades de Estados Unidos. El trabajo de artista de calle le procuraba suficiente autonomía. Ahorraba lo que podía para poder marcharse a la otra punta del país cuando le viniera en gana. Cuando tuvo la oportunidad de pagarse un viaje de ida a Francia para estudiar y trabajar con el mimo más grande de todos los tiempos, el célebre Marcel Marceau, supo enseguida que si tomaba esa decisión sus padres no lo encontrarían jamás. Por eso, Nueva York era la buena solución intermedia, un lugar de paso donde poder evolucionar como artista. Tenía la ambición de hacer bastante dinero en Manhattan y contratar a un detective para encontrar a sus padres. Pero antes, y debido a una ligera malformación del corazón, tenía que abonar una factura del hospital.

Papá:

Aunque me has dicho varias veces que me querías, y que en ciertas ocasiones te sentías orgulloso de mí, siempre tuve la sensación de que no conseguía gustarte. Toda mi vida he tenido miedo de no ser el hijo que deseabas. Ahora que ya no estás aquí, me siento más libre en mis decisiones. Y, si me estás vigilando desde ahí arriba, siento mucho lo que puedas descubrir. Soy consciente de que mis actos no se corresponden con lo que habrías querido para mí.

Nos tumbamos en mi cama. Thibaut no tiene ganas esta noche, se alegra de verme, pero mañana tiene que levantarse temprano para ir a su formación de gruista. No tiene la cabeza para mucho cuerpo, está cansado. Le sirvo una copa de vino y hablamos un poco de cómo nos ha ido el día, del último fin de semana. Al final, pasa rápidamente la mano por encima de mi entrepierna. Al principio lo paro, pero luego lo beso de todos modos. Me la chupa en la cama y luego de pie, delante del espejo del armario empotrado. Es la

primera vez que me veo en pleno acto. Desvío los ojos de nuestros reflejos y mis manos le sujetan la cabeza. Se aparta para respirar, abre bien la boca y se la come otra vez. Me masturbo con sus babas y me corro en su pecho.

Después del amor, abordo con Thibaut mi interés por Daniel Schock. Al principio frunce el ceño, no sabe de quién le hablo. Le recuerdo el contexto. La foto encima de su cama. Entonces sí, lo ve muy claro. Es que no se acordaba de su nombre, así, de pronto. Le hablo brevemente de mis pesquisas, de las ganas que me han entrado de encontrar pistas sobre él, y él a duras penas contiene un bostezo de cansancio. Thibaut me mira de arriba abajo, como si yo no tuviera otra cosa que hacer en la vida.

En mi perfil de Grindr, escribo que me gustaría alquilar una habitación en casa de un particular para vivir nuevas aventuras, un nuevo comienzo. Primero recibo mensajes insignificantes y, al cabo de unas horas, un hombre en la cincuentena se pone en contacto conmigo. Me dice que tiene un piso en el centro, que un chico llamado Will ocupa ya una habitación, pero que la segunda está libre. El precio es ridículo. Solo pide doscientos euros al mes, en metálico, internet y gastos incluidos. En cuanto a una visita, el hombre sugiere que me reciba Will solamente, piensa que es más sencillo, que así podremos hablar los dos.

Llego a la entrada del edificio. Un chico se asoma a la ventana del tercero y me dice el número del interfono gritando. Cuando Will me abre la puerta, oigo una cafetera en marcha. Hablamos y, tazas humeantes en mano, me enseña el piso, que me gusta. Las paredes son blancas, la cocina está reformada. Hay plantas verdes aquí y allá. Un papiro, una pilea, claveles del aire. La habitación es espaciosa. Una mesa de trabajo, un armario grande y unas vistas impresionantes al parque.

De origen sirio, Will es pianista y viaja mucho. De hecho, mañana se marcha a París por trabajo. Pasa dos noches en una ciudad, vuelve para reponer fuerzas durante un tiempo y toma un vuelo a otra. Su día a día es así. Durante los períodos de inactividad, regresa

a Damasco para ver a su novio. Quiere traérselo a Francia, pero los trámites son laboriosos. Aterrizado en casa del hombre hace dos años, Will lo considera un auténtico amigo. Se han vuelto muy íntimos, su relación se funda en una confianza total, y a veces incluso se va de fin de semana con él. Como vive en el campo, el hombre solo viene tres veces a la semana por trabajo y duerme en el sofá las noches que se queda. Por la mañana se levanta muy temprano, sin hacer ruido. Siempre muy discreto.

Fue durante un viaje a la isla de Santa Catalina, en 1966, con su padrastro cuando Daniel descubrió su vocación. Mientras los dos deambulaban por los lugares más turísticos, Daniel se quedó prendado de la actuación de dos mujeres que hacían mimo al unísono. Mientras las observaba, creyó que imitaban los gestos de un robot y que disfrutaban encarnando un papel. Más tarde, Daniel recordaba a menudo su imagen y sus robóticos ademanes. Se dijo que si lograba convertirse en el mejor robot posible, que si al menos era capaz de eso, entonces todo le iría bien en la vida.

Solo en casa, busco un chico con el que pasar la noche. Apoltronado en el sofá del salón, me conecto a Grindr y consulto todos los perfiles. Como si cada uno mereciera mi atención. La mayoría de las veces es una actividad que consume mucho tiempo. Envío mensajes cuyas respuestas no llegan jamás o llegan demasiado tarde. Pero esta noche es instantáneo. Un chico cuya presentación me seduce se muestra interesado. Veinticinco años, rasgos bonitos. La conversación es fluida. Su manera de formular las frases me gusta. Me envía fotos. Nos calentamos. Decidimos que será él quien se mueva. La casa parece presentable. Pongo orden en la cocina, recojo los escasos platos dejados aquí y allá, adecento un poco mi habitación y doy de comer al gato. Bajo la ducha, me froto los genitales, insisto con fuerza en los pliegues de la ingle. Salgo de la ducha, me seco, pongo «Crazy» de Seal en mi móvil y adapto mi voz a la letra, suspendida por la llegada de varios mensajes. El icono de Grindr aparece en la pantalla. Es él. Me escribe que está aquí, en el

jardín, esperando bajo la higuera. Me pongo mis 501 y una camiseta violeta, vuelvo al salón y lo veo a través del ventanal abierto.

Él se sienta en el sofá que da al jardín, le ofrezco una Pelforth y me acoplo en el sillón de enfrente. Es tranquilo, no habla. Hace unos minutos, no estaba convencido de que fuera a quedarse. Es guapo, más de lo que pensaba. Mucho más. Lo miro como él me mira a mí, fijamente. Espero a que hable. Sus cabellos negros, cortados al ras, le dan un aire new wave, marginal. Lleva una camiseta gris de la década de 1980, un short rosa pálido. Un tatuaje cargado de símbolos cubre su brazo derecho, parte del hombro y baja hasta la muñeca. Como ando corto de temas de conversación, le pregunto qué significa. Me responde, y luego su mirada me abandona. Creo que observa la piscina, al fondo del jardín. Me apresuro a proponerle que nos demos un baño, pero me siento cohibido, paralizado ante la idea de desnudarme. Porque él me gusta. Es una certeza que me viene de golpe, y noto el sudor en mi frente. La verdad es que hace calor, pero él se habrá percatado de que no es por el calor. Me pregunta si estoy bien. Le digo que sí, pero el sí cae en saco roto. Apenas nos conocemos y ya pienso en la obviedad de un rollo de una noche. Me pregunta otra vez si estoy bien. Resulta molesto. Decido jugármela y voy a sentarme a su lado, con las piernas giradas hacia el reposabrazos y mi mano en contacto con la suya. La acaricio. Él no me detiene, se deja hacer.

Estamos en mi habitación, en la cama. Me bajo los vaqueros. Estamos excitados. Sus besos me gustan y mi corazón palpita. Se me pasa por la cabeza que la suya es una atracción fingida. Lo pienso durante los lametazos. Lame como un gato, con ritmo y bien. Se desviste sin hacer ruido. Y huele bien, no a limpio, sino a sucio. Huele bien a sucio. A final de la jornada, a sudor, a piel cansada. Huele bien a sucio, pero es ligero. Todo es tan rápido, ocurre demasiado deprisa. Presiento que es mejor dejarlo aquí. Le digo que su olor no engaña. Si solo vamos a pasar una noche juntos, tendré ganas de volver a verlo, lo sé. Él no se esperaba tanto sentimentalismo, me doy cuenta. Se para y se levanta, mirándome directamente a los ojos, me dice que está harto de los tíos que se

embalan como yo, que además no sé absolutamente nada de él. Por ejemplo, ni siquiera le he preguntado si estaba limpio.

En la sala de espera, me siento en una silla. Miro el reloj cada cinco minutos. Finalmente, aparece el médico, dice mi nombre. Me pide que lo siga. Las preguntas son formuladas en cadena. Hace clic, marca casillas. Riesgo alto, riesgo menor. Le cuento los detalles de la noche, así como mis dudas y mis temores. Como no ha habido un contacto de riesgo entre mucosas, se pregunta si no será hipocondría. Le respondo que estaba encima de mí cuando me ha anunciado que era seropositivo.

Antes de esperar vivir en el hotel Chelsea, Daniel vivía en un pequeño apartamento con un amigo. Un pisito de una habitación invadido de baratijas y marionetas gigantes que cubrían una parte del techo, donde las colgaba para evitar el desorden. Cuando no hacía mimo delante de los escalones del Metropolitan Museum, a Daniel le gustaba clavar los codos en el suelo y trazar dibujos infantiles en largas tiras de papel con los pinceles, el acrílico y el secante que tuviera a mano. Después las colgaba en la pared, orgulloso de sí mismo. Con una melodía disco de fondo, se encendía un porro junto a la ventana, hiciese viento o nevase. Mientras admiraba sus obras, recapitulaba su vida pasada, interrogándose de vez en cuando sobre su sexualidad. Era guapo, delgado, y sus francas palabras seducían. Solo que pensaba no haber tenido jamás sentimientos amorosos hacia nadie. Se sentía atrapado por su elección de vida y sus prioridades, donde el amor no tenía cabida.

Reúno mis pertenencias, descuelgo las camisas de las perchas y las doblo. Ordeno mis libros y acaricio al gato por última vez. Mis compañeros de piso me desean lo mejor, lo mejor para todo. Me ha gustado este año pasado con ellos, y los echaré de menos, al igual que la casa y el barrio. Vendré a verlos, digo, sin estar seguro de ser

bienvenido, ni siquiera de que tengan ganas de conservarme en su vida.

Llego al piso y el hombre me hace pasar. Se ha empeñado en recibirme como está mandado y sugiere que nos conozcamos en torno a una comida sencilla, a solas. Tiene el cabello gris y es alto como yo, con pinta de ser muy neuras. Me lleva a mi nueva habitación, donde dejo la maleta. Le doy el dinero del alquiler y lo ayudo a preparar la cena, lavo la lechuga, los tomates del huerto. Son muy jugosos mis tomates, dice. Añade que estaré bien en la habitación, que dormiré bien, que la cama es muy buena, perfecta para amodorrarse en pareja, perfecta para traerme chavales. Me sirve una copa de vino. Comemos. Me pregunta sobre mi vida, quiere saber lo que me gusta, mis pasiones, mis pasatiempos. Me rellena la copa y me hace preguntas íntimas. Pronto se hace tarde y la cabeza me da vueltas. Intento volver a mi nueva habitación, pero él me retiene, me pide que me quede un poco más. Le digo que estoy cansado y sigo avanzando hacia el pasillo, hacia mi nueva habitación, mi nueva cama. Su mano tira de la mía, me siento arrastrado hacia atrás. Me conduce al salón, rellena nuestras copas y me hace preguntas sobre mi sexualidad. Le respondo con evasivas, bebo un sorbo. Sonrío, pero es una sonrisa incómoda. Él se me acerca y me pone una mano en la pierna, la sube poco a poco hacia mi sexo.

Cuando me despierto, estoy tumbado en el sofá-cama. Llevo todavía la ropa puesta y una manta me cubre el cuerpo. La sala está limpia, la vajilla lavada y escurrida. Una notita en la mesa de centro me desea un buen descanso, un buen día. Me incorporo y camino arrastrando los pies hasta la cocina. Mis gestos son lentos, me cuesta coordinarlos. La cafetera todavía está caliente. Miro dentro de las alacenas y saco una taza, dudando si tomarme un vaso de agua.

Si Daniel había escrito su nombre con todas las letras en su maleta no era por el placer de enseñarlo, sino para que sus padres pudieran identificarlo si alguna vez pasaban por delante. Él sabía que, con el

tiempo, le costaría reconocerlos, y ellos a él también. Deseaba encontrarlos más que nada en el mundo, y decirles que los quería con locura. Deseaba que supieran lo que hacía en la vida y que, después de todo, no le había ido tan mal en su ausencia.

Mi médico me explica cómo tomar la PrEP: una dosis antes de una relación de riesgo y otras dos después, con un intervalo de dos días. Tres pastillas en total. No puedo olvidarme de ninguna dosis. La toma no hace las veces de barrera contra las ITS y las ETS; por eso, más vale que siga protegiéndome. Me hace un volante para un análisis de sangre, para cerciorarse de que mis riñones funcionan con normalidad. Los resultados tardarán dos o tres días y, si todo sale bien, fijaremos otra cita para que, de paso, me haga la receta.

No creo haberme gustado nunca en la cama, con el cliente doblándome y desdoblándome en posiciones que me desagradan, no me gusta ni besarlo ni sentirlo, no me gustan ni sus insultos ni sus te quiero, no soporto mirarlo mientras se desata los cordones, prefiero cuando habla, cuando termina hablándome de su vida, de sus problemas, le sirvo otra copa, lo escucho, observo cómo va hundiéndose, le sirvo otra, y otra, y se duerme, a veces me despierta y aprieto los dientes, pienso en los billetes doblados en el fondo de un bolsillo: resisto gracias a eso, a los pocos cientos de euros doblados y a la tranquilidad económica durante varias semanas antes de verme obligado a comenzar de nuevo, a pensar otra vez en el dinero y en cómo podría vestirme, presentarme en el hotel y llamar al ascensor.

Giton. Hughes tiene cincuenta y un años y le gustaría verme vestido de mujer. También quiere que las mejillas estén afeitadas. El torso, los testículos y las nalgas, depilados. No soporta el vello. Por eso paga tanto. Me pregunta si estoy dispuesto a aguantar. Tiene inclinación por el sado y el bondage, no tolera que le pongan límites.

Me da las señas de un hotel próximo a la estación, insiste en que llegue puntual. No acepta ningún retraso.

Con el cuarenta y dos calzado, me levanto y procuro mantener el equilibrio en el probador. Los tacones son altos, de aguja, mucho más que los que me ponía de pequeño en casa de mi abuela. Antes de pasar por caja, recorro los pasillos, miro los vestidos del último saldo, selecciono varios que cubren las piernas, comparo los precios. En Etam, le digo a la vendedora que es para mí, para el teatro. Sin emitir ningún juicio, me mide el contorno de pecho y me indica los modelos que podrían quedarme mejor.

El periodista Jim Fragale no recuerda haber escrito un artículo sobre Daniel en *The Advocate*. De hecho, no recuerda para nada haber colaborado con esa revista. A pesar de que he adjuntado una foto del artículo en mi correo, y de que este aparece firmado con su nombre, no consigue acordarse de las primeras líneas sobre Daniel. Ya hace casi cuarenta años, ha escrito miles de artículos y tiene muy mala memoria.

Entro en el Monoprix y cojo una cesta. Me dirijo a la sección de maquillaje y empiezo por mirar las bases de maquillaje, los polvos antifatiga, los iluminadores líquidos, los correctores de ojeras efecto buena cara y los alisadores de poros, las brochas de colorete y de cuchara. Luego me fijo en las máscaras de volumen glamour, las sombras de ojos de aplicación fácil, larga duración, y por último todo lo relativo al embellecimiento de los labios.

Hago una recapitulación financiera de mis gastos del mes. El sueldo del hotel, quinientos noventa euros, apenas cubre el nuevo alquiler, el teléfono y la comida. Si cuento las citas en Giton, puedo añadir a los gastos el abono del metro, el gimnasio, veinte euros, y las copas en terrazas. Sin Giton, habría tachado las salidas, la ropa y el sueño de hacer un viaje. Con Giton la vida parece más fácil, es así. Es lo

que termino por confesarle a Thibaut cuando nos vemos en una cafetería, palabra por palabra. Le cuento cómo he llegado a este punto. Los servicios, los clientes. Ahora entiende mejor por qué me costaba tanto empalmarme cuando estábamos juntos, no podía tirarme a toda la ciudad en un día. No entiende lo que busco. Tampoco entiende por qué se lo digo como una confesión.

En un blog poco conocido, una foto de él con los ojos ocultos detrás de unas gafas redondas: «El célebre artista Dan Schock, cuyos dragones esculpidos permanecieron suspendidos del techo de la recepción del hotel Chelsea durante muchos años… enero de 1993». Encuentro la cuenta de Facebook del fotógrafo que figura en los créditos, empiezo a escribirle un mensaje mencionando a Daniel y mi deseo de localizarlo, pero me bloqueo. Busco un motivo válido que no parezca dudoso, que no dé lugar a una curiosidad mal entendida. Una intrusión. Cómo hacerle comprender que estas fotos me reenvían mi propio reflejo. Que me interrogan sobre la manera que tengo de percibir mi cuerpo. Del punto en el que estoy a partir del suyo, inefablemente. Que parece ser un hombre desaparecido que hoy tendría la edad de mi padre. Que he creado todo un mundo en torno a él. Imagino su fantasía, su sensibilidad. Invento una personalidad para él. Sé que existe o que ha existido, pero es como irreal, porque no lo encuentro. Si alguien lo amó, quisiera saber quién fue. Si pudiera hablar con él ahora mismo, si siguiera vivo, le preguntaría qué efecto le produce ser el sujeto de tres fotos expuestas a los ojos de todos, con su nombre a veces mal escrito al pie.

Lo envío y espero, miro el messenger cada media hora. Me digo que en Nueva York debe de ser mediodía. Si se conecta, podría ver mi solicitud, leerme. Al cabo de dos horas de espera, se oye el tintineo específico del messenger de Facebook. La respuesta es breve, seca: «Dan Schock falleció hace más de treinta años. Cordialmente».

Hughes se acomoda en la cama, mira las paredes de la habitación y comenta sus colores. Se esperaba otro nivel. Descorcho una botella de champán, saco las copas y me intereso por su vida. Director financiero de un conocido periódico, le deja muy poco tiempo para esto. Cuando dice «esto» se refiere a los encuentros, al sexo, y a tener tiempo para él. Pregunta si he traído todos los accesorios, los zapatos de tacón, el vestido y las esposas para atarme.

El dolor se intensifica. Me aprieta la nuca cada vez más y juega. El dolor que me inflige es un juego. Espera que llore y quiere que llore. Entrecierro los ojos para provocar las lágrimas, para que mojen las sábanas, para que tenga la prueba de su control sobre mi cuerpo, de su control sobre mí. Espero a que acabe, espero a que cese su crueldad.

Mientras vuelvo a abrocharle la camisa, me propone un trato, que nos veamos cuando él lo desee, en cualquier momento que lo necesite, que me suba a un tren a París en cuanto me lo ordene, como un contrato de un año y que, una o dos veces al mes, me libere de cualquier compromiso por él y me convierta en su propiedad, que le pertenezca. A cambio, tendré derecho a utilizar una American Express en la que me depositará mucho dinero. Le digo que vale, me da su tarjeta de visita y sale de la habitación.

Cuando se ha marchado, tomo conciencia del espacio y me siento en el borde de la cama. Las paredes son claras, el colchón sobre el que estoy tumbado es duro, seguramente nuevo, y las sábanas de un rosa bastante feo. Las paredes parecen lisas, pero al mirar de cerca se ve que la tapicería tiene incrustaciones de pequeños rombos en relieve, una cascada muy fina de miles de rombos. Durante el servicio no me quedo con los detalles; los colores y las formas dejan de tener importancia. Me vuelvo de lado y miro fijamente un jarrón con flores.

Fuera de la habitación, no sé muy bien por dónde camino, cómo camino. Ignoro si mis pasos son lentos o rápidos. En qué pienso justo ahí. Salgo del hotel y me dirijo a la parada del autobús sin percatarme de lo que pasa. No distingo el color del cielo, si es azul o si es negro. Tampoco llego a decidir si hace calor o si tengo frío.

Cuando vuelvo a casa, encuentro a Will en el sofá con los ojos cerrados, una manta subida hasta los hombros. Una nota en la mesa de centro le desea un buen día, un buen descanso. Me dirijo a la cocina y me preparo un café. Will entreabre los ojos al oír los crujidos de mis pasos. Me sonríe y le sirvo una taza.

El hombre llega el lunes por la tarde y se marcha al día siguiente para volver el miércoles y el jueves. Siempre trae una cesta de verduras de su jardín y nos invita a cenar a Will o a mí. Pensándolo bien, con él pasa lo mismo que con los clientes. Solo hay que dejarse llevar, como él ha dado a entender, aunque no es frecuente. Solo lo necesita puntualmente. A los chicos guapos como nosotros apetece tocarlos, mirarlos, sentirlos. Solo le apetece eso, acariciar, solamente acariciar. No pide más. No se lo permitiría. Jamás. Una vez a la semana, dos como mucho. Lo pedirá sin rodeos, exigirá el pago de su deuda, pero solamente dos veces, no más.

Thibaut se ha dado el capricho de una cámara réflex con la intención de explorar su lado creativo, el poder de la imagen. Al teléfono, comparte conmigo una idea en la que lleva cavilando desde que le hablé de Daniel. Le gustaría fotografiar a hombres. Como homosexual que es, el cuerpo masculino le apasiona, ya sea vestido o desnudo. No es cuestión de lanzarse a algo trillado, a las típicas fotos de desnudos, de arte un poco kitsch. No quiere hacer algo perverso, tiene su orgullo. Según él, habría que evitarlo, desmontar esa estética un poco carca. No tiene ganas de fotografiar a un modelo profesional. No quiere hombres que sean demasiado conscientes de su fotogenia, y tiene la sensación de que yo le serviría para practicar. Transformaría su habitación en un estudio durante un día. Es grande, lo suficientemente luminosa. Intentaría pensar en accesorios, en cosas para contar algo, una historia. No sé cómo decirle a Thibaut que ni me va ni me viene, y que ya no creo en nosotros, en él, y que me gustaría conocer a alguien.

Hoy me arde la garganta, como si tuviese una pelota de pimpón atorada. No consigo abrir la boca por completo, se bloquea. No

tengo fiebre y aún puedo masticar, pero muy despacio. Mi médico me envía a urgencias para que allí me vea un otorrino, me saquen sangre y me hagan un TAC. Para eso, tengo tomar el metro y volver al piso para recoger mis cosas. El hombre quiere llevarme en coche. Le digo que no se moleste en absoluto.

En urgencias, me llevan directamente a una sala separada de los casos de Covid. Cada cinco minutos, miro la hora. Espero. Traen a una mujer en una camilla. Un incendio en el centro, bomberos con la cara embadurnada de hollín. La enfermera pasa, el otorrino tiene que verme en persona. Hoy hace calor. La enfermera lo llama por teléfono, el hombre tiene una urgencia, no está disponible. Cuarenta minutos después, los bomberos se marchan. El otorrino llega y se excusa por la espera.

Me hablan de una hospitalización de dos días. Han visto un pequeño absceso de seis milímetros alojado detrás de la amígdala izquierda, y una inflamación a la altura del ganglio. No queda otra opción que ponerme un gotero.

En el hospital duermo bien. Hacia las seis de la mañana, el enfermero ha venido a cambiar el gotero de antibiótico con mucha dulzura. Después no he conseguido pegar ojo. Al mediodía, negocio con el otorrino, que quiere que me quede una noche más. Me receta los antibióticos que debo tomar en el desayuno, la comida y la cena, y mucho reposo. Al principio, cuando le conté a qué me dedicaba, pensó que se trataba de una infección primaria por VIH o de otra enfermedad de transmisión sexual, pero los resultados son negativos. Me aconseja, no obstante, dejar de tener relaciones sexuales durante un tiempo y hacerme una prueba dentro de seis semanas. Recojo el formulario del alta para enviarla al hotel y me subo al tranvía. Cuando llego al piso, El hombre está ahí, tomándose su té. Me siento en el sofá y él intenta sonsacarme, o más bien hacer suposiciones sobre mi estado; a saber cómo eso ha podido alojarse en mi garganta en tan poco tiempo. Tengo que tener cuidado, tomármelo con calma. Comer de manera equilibrada, vitaminas, sobre todo vitaminas. En otoño es cuando ocurren los

bajones de energía. Esta semana podrá cocinarme una comida casera, estaría bien que cenáramos juntos una de estas noches. Tiene ganas de mimarme.

Para los políticos, la tasa de incidencia es inquietante. La situación sanitaria empeora día a día. A partir de medianoche, entran en vigor nuevas medidas. Llevar mascarilla vuelve a ser obligatorio en toda la ciudad, tanto en espacios exteriores como interiores. No se permiten reuniones de más de diez personas en parques, jardines públicos o cerca de las masas de agua de la zona. Es un asunto colectivo y todo el mundo tiene el deber de protegerse, pero también de proteger al otro.

Los psicólogos también enseñan su foto, indican su edad, la universidad donde obtuvieron el diploma. En su biografía, presentan sucintamente su enfoque terapéutico e indican el precio de la sesión. Algunos ofrecen una de prueba gratuita. Es una manera de ganarse la confianza del paciente y darle la oportunidad de decidir por sí mismo si la terapia propuesta parece encajarle y si el feeling fluye tras las debidas presentaciones. Algunos puntualizan las diferencias entre psicólogo, psiquiatra y psicoanalista, para evitar confusiones. Debido a la pandemia, la mayoría solo hace sesiones por Zoom o por teléfono. No es lo ideal, les cuesta acostumbrarse. Yo busco a un hombre que pueda comprenderme. Miro las fotos, me sorprende la edad de algunos, la escasa experiencia desde que terminaron la carrera.

Con este, la sesión dura una hora. En la foto, parece rondar los cuarenta, pelirrojo, con cierto encanto. Me lo imagino casado con una mujer más joven y con un hijo pequeño. Imagino que el Zoom empezará con presentaciones sucintas. Me pedirá que le cuente mi trayectoria, y que exprese por qué he iniciado el proceso de pedir cita. Presentarme, sabré hacerlo, pero ¿por dónde empezar?

Recuerdo que era en el cuerpo de una mujer como yo me percibía de pequeño. No tenía ni seis años. No era un niño. Puede que tuviera el sexo de un niño, pero no era un niño. No lo concebía. Me resultaba imposible definirme como un niño. Como en casa de mi abuela, yo quería llevar vestidos y zapatos de tacón. En el colegio, jugaba con las niñas. Los niños tampoco me percibían como ellos. Lo decían: juega con niñas, no es de los nuestros, no es un niño como nosotros, no juega a la pelota, no juega con nosotros, no queremos que juegue con nosotros. Si me acercaba demasiado, me lo hacían notar. Notar contra mi mejilla el rojo, el rojo en mi mejilla, efecto de sus puñetazos. Cuando volvía a casa no me atrevía a contárselo a mi padre, tenía miedo de decirle que en el colegio yo no era un niño. Ahora me gusta ser un hombre. Pero siempre me gustará también ser una mujer.

Era extraño amar lo que más temía, es decir, los hombres. Desear un sexo que me daba miedo. Todos esos aspectos de la masculinidad que no me atraían. La violencia que emanaba de algunos en el patio del colegio, sus insultos, desde la más tierna edad. No comprender su pasión inmoderada por el deporte, el fútbol. Estaba contento, creo, de no parecerme a ellos. Sentirme dulce en comparación con ellos. Ser diferente me gustaba. No recuerdo cómo llegó esta atracción. Seguramente conocí a otros chicos que se me parecían, un poco al margen también. No era solamente una cuestión de género. Era otra cosa, seguramente empecé a comprender que un chico, un hombre, podía destacar entre la multitud, diferente de lo que yo creía conocer sobre ellos. Debió de ser ahí cuando empecé a verlos con otros ojos.

El hombre llega en torno a las seis. Le oigo dar un portazo y le lanzo un «hola» a través de la puerta de mi habitación, que siempre procuro tener cerrada. Me pregunta alto y fuerte desde la cocina si he pasado un buen día y no respondo, no tengo el valor de responder. Luego oigo sus pasos ofendidos acercarse al pasillo. Entra en el cuarto de baño y deja caer objetos adrede en la pila. Gruñe

para dejar bien patente su presencia. Su necesidad de atención. Entonces salgo y me quedo en el vano de la puerta, hablo unos minutos con él y le pregunto por su fin de semana. El huerto del jardín anima la conversación. Quiere saber si los medicamentos siguen haciéndome efecto, si la bola alojada en mi garganta desaparece poco a poco.

En una última búsqueda en Google, termino por escribir «Daniel Schock + sida». Doy con un artículo del *Seattle Times* con fecha del 13 de febrero de 1991, redactado por un tal Chuck Taylor. Como título: «Mother, Son Relish Reunion — After 28 Years Of Anguish, A Chance To Weave Lives Back Together». «Una madre y su hijo saborean su reencuentro. Tras veintiocho años de angustia, se abre una nueva posibilidad de recuperar el vínculo». Me entero de que separaron a Daniel de su madre el 25 de noviembre de 1963, y de que abusaron sexualmente de él como hijo adoptivo. En cuanto al VIH, no sabe de qué manera se contagió, si por su estilo de vida en los círculos gais o por las drogas, nunca lo ha sabido. Sospecha que no sobrevivirá a esto, pero encontrar a su madre era algo inesperado. Cuando estaba vivo, Daniel desaparecía, su madre lo creía muerto desde hacía años, como le había comunicado un tercero. La mujer se hizo a la idea. Cuando lo oyó por teléfono después de tanto tiempo, no daba crédito. Daniel tomó un vuelo a Seattle y se vieron en casa de su madre. Ella lo reconoció al instante, se parecían físicamente. A los treinta y tres años, vive y trabaja en Long Island, y ha dejado el mimo por una debilidad física debida al virus. En cuanto supo que había contraído el VIH, removió cielo y tierra y se puso en contacto con distintas administraciones para encontrarla. Con insistencia, y explicando que era un enfermo desahuciado, obtuvo su fecha de nacimiento y, tirando del hilo, otras informaciones útiles. Ahora que han vuelto a reunirse, a él le gustaría cuidar de ella y traérsela a Nueva York. Dice que haber encontrado a su madre demuestra la indudable existencia de Dios.

El hombre me reprocha que me encierre, que pase demasiado tiempo en mi habitación con la puerta cerrada. Aparte de las cordialidades cotidianas, hace varios días que no le he dirigido la palabra. Me hace entender que no respondo a las expectativas que él tenía. Él deseaba un compañero de piso con quien compartir actividades, en quien confiar. Por ejemplo, Will siempre ha estado presente; entre ellos se instaló muy pronto la complicidad. Lo escucho y asiento, veo que eso le basta. Le gustaría que cenáramos juntos mañana, que hablásemos un poco. Que intentemos forjar algo entre nosotros. Cuando compartes casa, es primordial llevarse bien. No podemos seguir viviendo juntos si no me esfuerzo un poco.

Por teléfono, mi madre me aconseja que vuelva a casa tras la amenaza de un segundo confinamiento. Se quedaría más tranquila, no le gusta saberme en la ciudad ahora que los contagios van en aumento. Y además me echa de menos. Le gustaría que estuviera allí. Mi hermana, que sigue viviendo en su casa, comparte su angustia. Yo le hablo de dinero, de un proyecto de vida, pero ella me dice que no corre prisa. Que no pasa nada si vuelvo unos meses, hasta que las cosas se calmen. Sospecha que estoy sin blanca. Me pregunta si como bien. Si no he perdido peso desde la muerte de papá. No entiende cómo es posible que me las arregle en una gran ciudad con el sueldo de mis noches en el hotel. No se lo explica.

El periodista Chuck Taylor se acuerda vagamente de haber escrito el artículo sobre Daniel para *The Seattle Times*. Tiene muy buena memoria para los lugares y recuerda el edificio donde vivía la madre de Daniel, pasa a menudo por delante en coche. Se acuerda de haber entrado, de la disposición del piso, pero sus caras las tiene completamente borrosas, no se acuerda de ellos realmente. Releyendo el artículo, recuerda haber hecho comprobaciones sobre Daniel en los servicios sociales, porque su historia le había parecido incompleta, demasiado confusa.

Con la cabeza inclinada por encima de la bañera, me lavo el pelo y observo el color amarillo de la decoloración colarse por el desagüe. Cuesta un rato que el agua se aclare. Cojo prestado el secador de Will y me paso los dedos por la raíz, doy pequeños tirones para darle volumen al cabello. El vestido que he comprado para Hughes cae hasta los tobillos, sin pliegues. Una cascada de lentejuelas negras. En el espejo del cuarto de baño, calibro el conjunto, inspecciono los defectos, froto el carmín sobrante de los labios con un disco de algodón.

Son las cinco y estoy solo en el piso. Me pongo los zapatos de tacón y me balanceo por la habitación. Hago como en los castings, imagino que hay un jurado presente para valorar mi porte y cómo camino. Me siento en la cama y cruzo la pierna derecha sobre la izquierda, admiro su contorno. Saco un cigarrillo y abro los postigos. Hacía tiempo que no había un día gris. A través de la ventana, miro cómo se desprenden las hojas de los árboles. Se arremolinan y se acumulan las unas sobre las otras, en tierra. La mera idea de verme confinado en el piso con el hombre y Will me provoca sudores fríos, náuseas. Inspiro, espiro. Me tomo el pulso, cuento las pulsaciones, sigo exhalando, inhalando. Respiro. Me digo que estoy protegido. Mi madre me lo decía cuando era pequeño, que estaba protegido. Que un ángel tenía la responsabilidad de velar por mí constantemente. Que estaba ahí para mí.

Abro la puerta del edificio, y tengo esa sensación de primera vez, como si acabara de venir al mundo. Entre libre y suicida. Camino con vestido y zapatos de tacón sin mirar alrededor, con un bolso shopper en el brazo, y me prohíbo imaginar la mirada de los hombres que se cruzan en mi camino.

Con el blanco y negro, es difícil determinar el color de los ojos de Daniel. Puede que fueran marrones tirando a verde, que en función de la iluminación y del sol su color fluctuase. Desde lo alto de su metro noventa y tres, tenía un aire inseguro. Solía llevar una camisa amarilla de cuello de mariposa y pantalones ajustados de pernera ancha. Su calzado fetiche, un par de deportivas altas de color beis.

En invierno se enfundaba en un abrigo largo de ante y una bufanda blanca que él mismo había tejido. Fumando un Winston tras otro, recorría las calles de Nueva York con su maleta de cartón, donde transportaba ropa, una marioneta en miniatura, su paleta de maquillaje y demás accesorios de mimo. Se desplazaba con su radiocasete y practicaba sus números de calle con música. En el artículo de Maureen Dowd se precisa que le gustaba maquillarse desde la edad de cinco años y que no creía proceder de este planeta. En mi cuaderno, apunto que pasó treinta años tratando de encontrar el suyo.

No tengo la costumbre de jugar a cara o cruz: cara, abandono; cruz, continúo. Y, sin embargo, es un gesto fácil, solo hay que confiar en el destino, no pensar en la realidad. Basta simplemente con abandonarme, con pretender por un segundo que la decisión no me pertenece, convencido de que es el medio más lógico de eximirme de cualquier responsabilidad. Cara, abandono; cruz, continúo. Cojo una moneda, la lanzo bien alto y la miro caer. Solo tengo derecho a una tirada, hay que atenerse a ella. Una vez que toca tierra, poco importa de qué lado se halle, ya no hay elección. Infringir la regla del cara o cruz sería de mal augurio.

El hombre me sirve una copa de vino. Ha puesto a cocer a fuego lento un ave y pone la mesa con la cubertería buena. Esta noche solo estamos los dos, y aprecia mi disponibilidad. En las noticias acaban de anunciar la fecha de un segundo confinamiento. Me dice que es posible que los hoteles cierren, que me vea en el paro parcial, como muchos. Los días van a ser largos. Vamos a tener que soportarnos, los tres. Saciar nuestra libido como podamos si nos quedamos encerrados varias semanas. Se ríe y resopla. Yo sonrío también, como si su comentario mereciera mi complicidad. Apuro mi copa y vuelvo a servirme. A la cocción le queda poco, en nada podremos sentarnos el uno frente al otro. Entonces no me quedará otra que sostenerle la mirada y poner buena cara. Lo observo cortar un muslo, y habla, y habla. Arranca un pedazo de su tenedor y

mastica sin dejar de hablar. No sé ni de qué habla, apenas lo escucho. Siento que me estoy liberando del peso que bloqueaba mis hombros, porque en el fondo sé que todo se ha acabado: él, esta ciudad, ellos, los hombres, los clientes, Thibaut, Louis, el follar, los cuerpos, los labios húmedos, el agua de colonia y los dientes podridos. Veo que su copa está vacía y le sirvo más vino. Luego me fijo en el cuchillo a mi izquierda, lo bastante puntiagudo como para atravesar la piel de un golpe seco, lo bastante afilado como para cortar la arteria en vertical, lo bastante perfecto como para que sea fácil imaginarlo, para arder en ganas de hundirlo en algún sitio, en cualquier sitio.

Adèle me abre la puerta y me invita a pasar. Le gusta el rubio, me queda bien. Le digo que no se preocupe, que es solo por esta noche, mañana me iré. Ya han vaciado la habitación de abajo para convertirla en un pequeño gimnasio. Hay una cinta de correr delante de la ventana. Adèle saca el colchón de espuma y un edredón que coloca contra la pared opuesta a mi antigua cama, en un rincón. Le doy las gracias, le digo que estoy bien, no tengo necesidad de hablar. Sé lo que me hago. Cierro la puerta de mi antigua habitación, saco el Mac de la maleta, conecto mi teléfono y encajo un cojín contra la pared para apoyar la espalda.

En Giton, deslizo el ratón hacia los parámetros y sigo las instrucciones. En dos clics, mi cuenta ya no existe, ni rastro. Desinstalo también Grindr de mi teléfono y elimino todas mis fotos. Vuelvo a leer la carta de dimisión para el hotel. Mañana cojo el autobús, billete reservado, salida desde la estación. Solo me falta respirar un poco y enviar un mensaje a mi madre. Abro el documento Word y sigo escribiendo, y ya no paro. Puede que, en adelante, dedique mi vida a llenar páginas, haciendo pausas en internet en busca de contenidos diversos.

En YouTube, me topo con la escena final de la película *La pianista* de Michael Haneke. Describe una relación perversa y masoquista entre una profesora de piano y un hombre joven al que conoce en su círculo social. En voz en off, Isabelle Huppert comenta estos

últimos minutos, cuando su personaje está en el vestíbulo de un conservatorio lleno de gente. Antes del inicio del concierto, ella observa a Benoît Magimel subir las escaleras hacia la platea y se queda sola. Saca un cuchillo de su bolso, se lo clava a sí misma bruscamente en el hombro y lo retira. Isabelle Huppert describe esta escena como un suicidio fallido, el hilillo de sangre que sale de su herida como un hilillo de vida. El comienzo de otra cosa.

Es un sueño. Sueño y estoy tumbado en el lado derecho, en mi cama. Sé que duermo, que descanso. Estoy tumbado y siento un cuerpo detrás del mío que me abraza, que me estrecha. Me parece oír unas palabras, pero no está tan claro porque estoy soñando. Oigo sollozos y reconozco el olor de mi padre. En el sueño, abro los ojos y comprendo que es él quien me abraza.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer, antes que nada, a Frédéric Forte, director del Master de Creación literaria del Havre, que creyera en mi escritura.

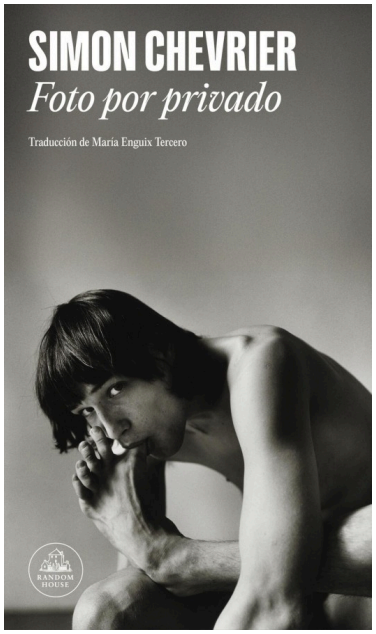
Agradezco muy especialmente a las escritoras Nicole Caligaris y Béatrice Lussol, así como a mis agentes, Brigitte Bouchard y Sarah Barracco, haberme acompañado y sostenido durante todo el proceso de escritura.

Gracias a Antonin Crenn, Alexandre Blomme, Emmanuelle Tornero, Robin Josserand, Arthur Gosse, Oxanna Bertrand, Noémi Lancelot, Jerry Lili, Claire, François y Albane por su mirada.

Gracias a mi editora, Paloma Grossi, por haberme leído y comprendido tan bien, y a todo el equipo de Stock.

El debut literario de Simon Chevrier, ganador del Premio Goncourt a la primera novela 2025, lo sitúa como uno de los autores más prometedores de la literatura francesa.

«Con una sinceridad cruda y desarmante, la prosa lúcida y descarnada de esta primera novela conmueve por su rechazo a seducir [...]. Habrá que seguir de cerca a Simon Chevrier».
Philippe-Jean Catinchi, *Le Monde*



«Cuando me inscribí en esta web hace un año, el espacio del anuncio tenía un límite de cien caracteres. Sobre mí: Estudiante de idiomas, amante a medida para hombres cultos, tarifas y fotos por privado».

De la desilusión a la renuncia, el narrador de esta novela se ha ido deslizando hacia una existencia cada vez más frágil: la familia queda

lejos, el padre enferma, los encuentros por Grindr se suceden sin dejar rastro y los trabajos precarios apenas le mantienen. Desde hace unos meses, además, y casi como una consecuencia inevitable, ha empezado a prostituirse.

Todo cambia cuando un retrato suspendido sobre la cama de un amigo atrapa su atención. Es una fotografía en blanco y negro de Peter Hujar. En ella, un joven encorvado se chupa el dedo del pie y mira a cámara con una mezcla de desafío y abandono. Como si la fotografía escondiera una clave íntima, el narrador inicia una investigación que lo llevará al Nueva York artístico de los años ochenta, atravesado por la pandemia del sida, y a una historia que, poco a poco, empezará a ofrecerle las respuestas que necesita.

Bajo una aparente ligereza, la voz de Simon Chevrier late con una emoción contenida que crece sin concesiones hasta provocar un nudo en la garganta. Este fascinante debut, merecedor del Premio Goncourt a una primera novela, lo sitúa como una de las voces más prometedoras de la literatura francesa.

La crítica ha dicho:

«Bajo una escritura en apariencia transparente late un corazón. Las frases tiemblan. Ahí reside todo el talento de Simon Chevrier, en crear una inquietud, una emoción exenta de lágrimas. Una primera novela cruda y seca, que te agarra del cuello».
Le Figaro

«Una fuga de un limbo existencial que Simon Chevrier narra con toques delicados y sobrios, como para no perturbar la pesadez de un mundo sobre el que planea constantemente la amenaza del sida».
Amandine Schmitt, *Le Nouvel Obs*

«Con un estilo sensible y depurado, Simon Chevrier capta las fluctuaciones de una juventud desorientada, en busca de vínculos que ya no sabe tejer. *Foto por privado* cautiva tanto por lo que revela como por lo que decide dejar en la sombra […]. Una primera

novela fascinante».
Simon Bentolila, *Lire*

«Conmueve de principio a fin su forma de observar y de narrar; de trazar el retrato de un joven moderno y atemporal a la vez. Chevrier es una promesa de la literatura».
Alexandre Simon, *Transfuge*

«La escritura de Simon Chevrier, sobria y clara, destaca por su capacidad para recrear el universo de un joven de hoy en día».
Stéphane Ehles, *Télérama*

Simon Chevrier nació en 1992 y creció en la región de Nantes. Es licenciado en Filología Inglesa y tiene un máster en Creación Literaria por la Universidad de Le Havre, donde reside. *Foto por privado* ha sido galardonada con el premio Goncourt a la primera novela 2025 y ha figurado en la primera selección del premio Sade.



Titulo original: *Photo sur demande*

Primera edición: marzo de 2026

© 2025, Éditions Stock
Agencia literaria Le monte-charge culturel
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, María Enguix Tercero, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Peter Hujar, VEGAP, Barcelona, 2025

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4630-0

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Foto por privado

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Simon Chevrier

Créditos